

EL FINAL DE TODAS LAS PALABRAS

DIEGO ARMANDO
ARCINIEGAS MALAGÓN

EL FINAL

DE TODAS

LAS PALABRAS

EL FINAL DE TODAS LAS PALABRAS

DIEGO ARMANDO ARCINIEGAS MALAGÓN

Blog: http://diegoarmandoarciniegasmalagon.blogspot.com
Facebook: https://www.facebook.com/diegoarciniegasescritor
Twitter: https://twitter.com/diegoa_am
Email: diegoarmandoarciniegas@gmail.com

EL FINAL
DE TODAS
LAS PALABRAS

DIEGO ARMANDO ARCINIEGAS MALAGÓN

En memoria de mi papá:

Armando Arciniegas Pérez.

Un amor inmortal,

un amor infinito.

CONTENIDO

PRÓLOGO

Había decenas de cadáveres desmembrados. Un fortísimo olor a sangre se apoderaba del lugar. Las moscas revoloteaban por todas partes. Las madres de aquellos soldados lloraban sobre los cuerpos de sus hijos. Así terminan todas las guerras. Este conflicto bélico no sería la excepción. Tal vez sí fue el último.

Esas tristes mujeres ya no rezaban; habían perdido cualquier esperanza. Nadie las escuchaba. Ellas también estaban muertas, condenadas a un eterno sufrimiento. El ser humano puede caer en abismos insospechados; a cada instante nos hundimos un poco más en la que es nuestra irrenunciable esencia.

Las calles de aquella ciudad en ruinas hablaban del final de los tiempos. Las tragedias del pasado, esos viejos libros de historia concurrían a un encuentro sin retorno. Los mitos más oscuros hallaban su colofón. Ninguna deidad era culpable. Sería injusto responsabilizar a los demás. Todo parecía perdido. Nosotros mismos nos encargamos de sepultar cualquier destino. Sí, los finales felices son potestad exclusiva de los cuentos. La realidad es otra cosa.

Las balas solo sirven para matar. No existen muertos buenos y muertos malos. En un mundo repleto de armas era iluso pensar en una conclusión diferente. Yo no quisiera hablar de justicia; sé que muchos inocentes conocieron el brutal filo de la espada. Lo cierto es que, con cada muerto, la tumba de la humanidad se hizo más profunda. Recibimos lo que merecíamos. Nadie nos castigó.

Cortamos infinidad de cabezas amparados en las virtudes de nuestras respectivas religiones; dejamos huérfanos por doquier a causa de uno y otro modo de producción. El dinero era amo y señor de la sociedad.

Algunos criminales se escudaban en la imparcialidad del libre mercado, desde sus lujosos palacios presidenciales veían a los electores como simples monedas de cambio. Nadie valía nada. Trabajar jornadas enteras no era suficiente para obtener el pan de cada día. Desigualdades y tristezas; conformismo y falsas ilusiones. No había más oportunidades en aquellos estanques atiborrados de insaciables cocodrilos. Las mayorías tenían que resignarse con esos sueños inalcanzables, con esos sueños que otros (con otros apellidos) disfrutaban en sus felices realidades.

Pero la contraparte no era mejor. En la orilla opuesta, del lado izquierdo de las cosas, detrás de esas oscuras cortinas de hierro y hambre había abominables dirigentes que impulsaban a grito herido la eliminación del más mínimo rastro de individualidad. Ellos jugaban con la desesperación de las masas, convertían en pobreza todo lo que tocaban. Unos pocos privilegiados que nadaban en la abundancia, esos tipos que nadie eligió para que se perpetuaran en el poder, gozaban de todos los derechos que los demás tenían restringidos. Pensar libremente era castigado con la pena de muerte.

La democracia, incluso ella, fue adulterada. Ya no era sinónimo de moralidad. Los reinos del Oriente, también los países del Occidente, todas las “sociedades desarrolladas”, al unísono demandaban sangre fresca. Nos convertimos en fieras salvajes.

Los altos cargos en el gobierno eran ocupados por auténticos mercenarios, cada uno resguardaba sus sombríos y particulares intereses. Cualquier excusa era buena para negar la existencia del otro.

La vida del hombre ya no valía nada, nunca tuvo importancia.

Esa era la constante aquí y allá. Los Estados se bombardeaban unos a otros valiéndose de las últimas tecnologías; las personas de todas las razas, de todas las lenguas; mujeres y hombres, se mataban en los pueblos con cualquier arma que tuvieran a la mano. A veces a puño limpio.

Y ocurrió lo que tenía que ocurrir. Hace un año (creo), alguien tuvo la brillante idea de acudir a lo más selecto de su arsenal.

La anterior guerra devastó el planeta entero. Las naciones de los cinco continentes, ricas y pobres, todas, fueron reducidas a cenizas. El poder arrasador de las armas nucleares cumplió su aciago propósito. Fue una conflagración suicida.

No entiendo quién lanzó el primer ataque (ya no interesa). Los misiles destruyeron las principales urbes; el hambre se encargó de matar cualquier esperanza. La noche se apoderó de la Tierra durante varias semanas. En efecto, ya estábamos advertidos; vaticinábamos las consecuencias de apretar ese botón rojo.

Las mezquinas inclinaciones políticas de algún tirano estúpido aceleraron este fatal desenlace. Pudo ser cualquiera de ellos.

Alguna vez, en algún lugar, cuando la nada aún no reinaba, yo también soñé. Este triste final no estaba en mis planes.

No, no soy la autora del nostálgico epílogo que ahora lees; esta pesadilla no me pertenece. Desde un comienzo, sin que nadie dictara una sola palabra, la última tragedia ya había sido escrita.

CAPÍTULO I

EL PRINCIPIO DEL FINAL

A propósito, yo escribo notas. Intento transformar en palabras la catástrofe que me rodea. No es una tarea sencilla; nadie, nunca, tuvo que experimentar algo semejante. Y, sinceramente, no sé si esto tenga algún propósito. Supongo que, al final de cuentas, lo hago para no sentirme tan sola. Para no sucumbir a la locura. Tal vez ya no queda ni una pizca de cordura en mí.

Hace un par de semanas que no veía a otro ser humano vivo. Mi esposo, también mis dos hijos, perecieron en uno de los últimos bombardeos convencionales, antes de la implacable sucesión de explosiones nucleares. El albergue subterráneo, aquel que fuese dispuesto por el gobierno de mi ciudad, no soportó. Innumerables bloques de hormigón armado cayeron sobre los miles de personas que allí se escondían. Yo sobreviví, fue un verdadero milagro. Hubo muchos muertos, entre las víctimas fatales estaban todos los integrantes de mi familia.

Al observar que la estructura continuaba derrumbándose, los supervivientes huyeron del lugar. Todos corrieron, menos yo.

Ellos me insistieron, trataron de sacarme de aquel sitio. Era inminente el colapso absoluto de la edificación; sí, pero yo no les hice caso. Decidí morir junto a mi esposo, junto a mis hijos.

Bueno, en un principio, creí que, quizás, alguno de ellos podría estar con vida. Tardé tres días en aceptar mi nueva soledad. Cierto, los amaba. Imagino que muchos dirían lo mismo; yo de verdad lo consideraba así: mi familia era hermosa.

Yo, entre lágrimas, en medio de la sangre, esperé la conclusión de esta inhumana pesadilla. Anhelaba despertar. Quería volver a abrazarlos.

La triste realidad me daba un golpe contundente. Pretendí ser un ejemplo para mis pequeños hijos; siempre traté de brindarles lo mejor. Teníamos un hogar muy feliz.

Lo irrefutable es que me convertí en una escritora. Hoy redacto estas lúgubres líneas. Las agrias circunstancias lo quisieron así.

Abandoné los cadáveres de mis familiares en ese improvisado sepulcro, tras horas y horas de tristezas, después de varios mares de lágrimas. Unos minutos después de arrastrarme hasta la salida de aquel refugio militar, corrí a toda velocidad hacia el espeso bosque. Instinto de conservación (presumo).

Me oculté de las facciones invasoras que ya caminaban por las calles de mi triturada ciudad. En la mochila de supervivencia que me acompañaba había botellas de agua y latas de exquisito atún. Además, hallé la libreta en la que ahora escribo.

CAPÍTULO II
ALGUNA VEZ

Primero, cuando la tragedia se adueñó de mi vida, delinear esta historia no era mi intención. No, para nada. Escribí algunas frases sueltas (así lo avalan las primeras páginas de esta libreta). Sin embargo, aquí no existía ningún hilo conductor.

Reitero, quizás para huir de la soledad; deseando que, alguna vez, alguien leyera estas palabras, de a poco fui descubriendo el valor de la literatura. Además, se trataba de una libreta tamaño oficio. Tenía muchas hojas, todas las posibilidades para ampliar mis ideas. Imagino que, en todo caso, este lindo cuadernillo fue fabricado para dibujantes; sus perpendiculares líneas también habrían sido muy útiles en el estricto mundo de la milicia. Yo, desde el fondo de mi corazón, espero que estas letras sean lo suficientemente claras para mostrarles a todos ustedes (a todos los fantasmas que lean este libro) el desértico infierno que mis ojos han visto.

Jugar con el tiempo me resulta bastante tentador. Desear que el presente fuese otra cosa, ese sería mi mejor sueño. Lo acepto.

Quisiera dialogar con mi esposo, con mis hijos; sí, pero, a cada santiamén la realidad me recuerda que ellos están muertos. La literatura es mi vía de escape. En esta libreta puedo dibujar mi propia versión de los hechos. Aquí, en estas páginas, yo soy Dios. Un ser todopoderoso que fue condenado a la melancolía. Eterna será la pena que debo pagar.

Por fortuna; gracias al cielo; quizás bajo el influjo del infierno, hallé estas gruesas hojas y unos lápices de inquebrantable mina. Esa “mochila de supervivencia” ostentaba un nombre muy apropiado. ¡No sé qué habría hecho sin ella!

Todo lo que escribo es cierto. No intentaré ocultar ninguna tristeza. Por el contrario, aquí hablo de todas ellas. Antes y después de la guerra hubo desolación. Sí, aunque, es imposible pensar en las cosas malas prescindiendo del lado feliz de la vida. Referirme a estas frenéticas desgracias es, necesariamente, mencionar un pasado mucho más benigno.

El hombre ha conseguido su propósito final; ya no puede ser más malo. Estos son tiempos que solo existen en mis letras. Hablo de tiempos que ya no son. Ahora ya no hay nada.

Escribo para dejar testimonio de lo que alguna vez fue. Escribo para que la esperanza nunca muera. Escribo porque realmente vi a esas mujeres llorando sobre los cadáveres de sus hijos. Luego, no mucho tiempo después, comprendí que tan solo se trató de unas tenues sombras proyectadas sobre las pilas de huesos. Mi imaginación prefirió aquella escena: unas señoras despidiendo a sus seres queridos. Todo, cualquier cosa, lo que fuese, sería mejor que la nada.

En otras ocasiones también creí encontrarme con gente que caminaba por ahí. Siempre me desilusioné. Hasta ahora, yo soy la única sobreviviente de esta catástrofe mundial.

Cuando salí del albergue en mi localidad (de sus humeantes escombros), justo en ese momento, se hizo más intenso el fuego de las ametralladoras enemigas. Los civiles eran presas fáciles para aquellos soldados expertos.

Advertí cómo varios de mis antiguos compañeros de escondite fueron atravesados por las balas. Ni siquiera hubo tiempo para buscar más provisiones. Era correr o morir. Con mi mochila en la espalda, arrastrándome, alcancé el color verde del bosque.

Pasé un par de días ocultándome en las copas de los árboles; otras jornadas preferí las viejas raíces de aquellos gigantes. Allí, una mañana muy fría; desde muy lejos, mi mente dibujó el gigantesco hongo atómico que produjo esa explosión nuclear. Fue como en los documentales que veía en el colegio.

Estaba acostada en el suelo, en medio de esos troncos. Cerré los ojos; las estridentes ondas de choque arribaron en cuestión de microsegundos. Esa bomba no fue como las otras. Todo a mi alrededor se iluminó. Miles y miles de enormes árboles quedaron esqueléticos. Mi antigua ciudad, unos kilómetros más allá, era borrada del mapa. Las tropas de ambos bandos fueron exterminadas.

Otras explosiones nucleares se dieron en las regiones cercanas, pude escucharlas. Una bomba fue suficiente para aniquilar todo lo que yo quería. La noche cubrió el azul del cielo.

Lloré; reí como loca muchas veces. Comí escarabajos y algunas hierbas. De vez en cuando cazaba roedores. A pesar de estar sola, completamente sola, viví historias fascinantes que luego les contaré. Agradezco que no se salten las páginas. ¡Síganme!

Aquí estoy. Aquí escribo. Volví a los despojos de mi ciudad natal. No hay nada. Esas mujeres que lloraban no eran más que un desquiciado juego de mi cerebro.

Tomé un lápiz de mi mochila. Lo arrojé en el lodo. Sonreí porque cayó de punta en ese fangal de mi izquierda. Me senté en una roca blanca. Saqué mi libreta. Y empecé a escribir. Otra vez estoy escribiendo. Escribo desde el mismísimo infierno.

CAPÍTULO III
EN UN RINCÓN DEL TIEMPO

Tuve muchísima suerte. Esa explosión nuclear me encontró de bruces en el suelo. Encima de mi cabeza, a pocos centímetros, pasaron los demonios de la devastación. Los sentí silbar en mis oídos.

Cuando alcé la mirada, yo era la única sobreviviente humana. Además de mí, solo quedaron algunos animales pequeños. Las plantas más diminutas (no todas), también disfrutaron de una nueva oportunidad.

El atún no duró demasiado. Como les contaba, subsistí a punta de matas, de cualquier bicho que todavía se arrastrara. Hojas, semillas, fundamentalmente esa ha sido mi rutina alimenticia. Muy de vez en cuando capturo algún insecto. Casi nunca tengo la dicha de almorzar algo más grande que un saltamontes (ni siquiera adivino qué son esas cosas).

La aviación de alguno de los dos bandos enfrentados lanzó esa bomba nuclear que destruyó enemigos y tropas aliadas.

A lo mejor fue un misil. La verdad es que no lo sé. Tengo claro que, definitivamente, se trató de una acometida sin escrúpulos. Una demostración de fuerza bruta. Algún general loco, algún presidente, con tal de causar terror en el adversario, llegó al extremo de bombardear las cabezas de sus propios hombres.

No se puede ser preciso con un artefacto de semejante poder destructivo. Kilómetros y kilómetros en todas direcciones se convirtieron en polvo. En ese polvo negro que, uniéndose con los residuos de las posteriores explosiones, pintó de color muerte el cielo de este planeta.

Y, sin embargo, la naturaleza se resistió a morir. Esas pequeñas plantas, esos diminutos animales, se aferraron a la vida. Yo hice lo propio. Gracias a ellos estoy aquí.

Descubrí una divina fuente de agua, un riachuelo que se salió de su cauce. He estado bebiendo aquel líquido lleno de barro. Traté de filtrar las impurezas lo mejor que pude. Supongo que lo hice bien. De otra manera no estaría escribiendo estas cosas.

El fuego que produje con esos encendedores tan curiosos ha sido testigo de mis noches más oscuras.

Tengo cicatrices en la espalda. Ellas me recuerdan que soy una sobreviviente. Las quemaduras persisten en el fondo de mi alma.

Esa nube de residuos nucleares, después de semanas, por fin se empezó a disipar. Ciertamente, todos mis días habían sido muy grises. Ahora, con la asistencia de los rayos del sol que rompen esa mortal capa, decidí retornar a la ciudad, al cementerio que hace mucho tiempo fue mi hogar.

Preferí no escribir tanto sobre mí. Amigos fantasmas, el deber que me convoca es hablarles de esta tragedia que desvaneció cualquier vestigio de humanidad.

Estoy sentada en esta piedra blanca. Tengo el lápiz en mi mano derecha. Apoyo la libreta en mis exhaustas piernas. Sé que mis palabras no devolverán la esperanza. No obstante, le escribo a mi soledad. Le escribo a los muertos, a la sangre que ya nunca se volverá a derramar.

CAPÍTULO IV
EL COLOR DEL CAOS

La endemoniada bomba atómica aceleró nuestro destino fatal. Simplemente eso. Acaso, ¿alguien podría decir que confiaba en la humanidad? No quiero sonar trágica, pero es la verdad. Soy realista. Desde siempre; usando una u otra excusa; valiéndose de cualquier pretexto, el hombre ha sido malvado.

Quizás en las películas norteamericanas prevalecen los buenos. Aquí, en la cotidianidad, las tristezas están al orden del día. En el mundo había más armas que comida; este oscuro final era predecible. En fin. Continuemos.

Creo que la renombrada radioactividad no me afectó. Pasaron ya muchos días; nunca experimenté algún signo característico. No tuve vómito, tampoco diarrea. ¿Lo ven? Aún queda algo de optimismo en mí. Deseo creer que, por un misterioso motivo, viviré lo suficiente para terminar de escribir estas páginas. Lo sé. Tal vez nadie lea esto, pero, al menos, debo intentarlo. Ya no hay nada que pueda perder. Que la literatura nos salve.

Sí, había grandes quemaduras en mi espalda, pero nada más. Las ampollas han quedado en el pasado; imperecedera será la ausencia de mis seres queridos. De eso jamás me repondré.

La bomba cayó a una distancia considerable del lugar en el que yo me ocultaba. Deduzco, imagino que, ese inefable artefacto fue lanzado sobre las instalaciones científicas de mi país (a las afueras de la ciudad). Allí, no hace mucho tiempo, se construyó un gran laboratorio, el Departamento de Ciencia y Tecnología. Al parecer, en el inicuo edificio se adelantaban experimentos militares. Aquellas enigmáticas exploraciones resultaron ser tan intrincadas y peligrosas

como para merecer que el enemigo les arrojara una bomba nuclear encima.

Harold y yo dialogamos sobre ese difícil tema. En la zona había movimientos sospechosos. Nadie podía acercarse más allá de los titilantes anuncios de neón. Las luces rojas estaban por doquier. El alambre de púas coronaba los gruesos cercados que rodeaban el complejo. Indudable: mi esposo tenía razón. Tanta seguridad no podía esconder nada bueno. Toda clase de ideas macabras daban vueltas en nuestras cabezas. Alguna de ellas debió ser cierta. Solo eso explicaría el uso de un arma tan atroz.

Ni siquiera podían permitirse lanzar un ataque convencional. No, errar no era una opción. Hicieron todo lo posible para limpiar hasta el menor rastro de lo que allí se investigaba. De paso, entre sus garras, se llevaron a la humanidad entera.

“Valerie, en esta ciudad están ocurriendo cosas muy extrañas”. Mi esposo me dijo esa frase decenas de veces. Yo le sonreía; trataba de restarle importancia a sus preocupaciones para que nos quedáramos. Mi profesión exigía que viviera allí, por lo menos durante algunos meses más.

“Harold, estás exagerando”. Con aquellas inexpertas palabras (mientras le daba un beso en la mejilla) yo solía responderle. Sí, él tenía la razón. Aunque, en todo caso, huir no habría sido una alternativa válida (no tengo más opción que darme ánimo).

Apreciados lectores fantasmas, hoy veo que esta catástrofe es global (ofrezco disculpas si es que alguien de carne y hueso lee lo que yo escribí). Sin embargo, con la mano en el corazón, he de manifestar que me arrepiento de no haber escuchado a mi esposo.

No puedo engañarme a mí misma. Cualquier minuto extra de vida que pudiera compartir junto a mi familia, cada segundo a su lado, habría sido una eterna ganancia.

Trabajaba para la alcaldía de mi localidad. Los demás, a cada rato, mencionaban que era una excelente psicóloga. No sé si debía creerles. Tantas flores pueden hacer daño.

Me desempeñaba en el campo de la psicología clínica. Actué en el marco de un ambicioso programa institucional que estaba articulado a las demás políticas públicas del gobierno. Buscaba trastornos mentales en las personas que me consultaban.

Durante los últimos años, fundamentalmente, estuve al mando de una investigación que giraba en torno al ámbito escolar. Concurría de manera periódica a los colegios de la zona; me entrevistaba con alumnos, docentes y padres de familia. Hacía informes; buscaba tendencias. Identificaba símbolos de riesgo, señales de alarma. ¡Qué inocente era en esos tiempos! A la luz de muchos autores que escribieron en otras épocas; atendiendo a las premisas de los más disímiles estudios, me olvidé de lo fundamental.

Los pequeños triunfos; las grandes tristezas de los individuos estuvieron, desde el primer día, en manos de esos demonios disfrazados; a merced de esas bestias sedientas de poder. Muy tarde logré advertir que aquellos presentimientos de mi esposo hablaban de un futuro tan cercano.

Él empezó a dibujar muchas escenas sombrías, apocalípticas. Fue una especie de inspiración premonitoria de lo que estaba por venir (nadie juzgó que la tragedia estuviera tan próxima). En sus cuadros había cuervos y señoras vestidas con horribles trajes negros. Harold creía en la iluminación divina; opinaba que esas nefastas imágenes eran alegorías provenientes de un etéreo lugar superior. Referencias

oscuras a otras cosas, a otros tiempos.

Mi esposo me propuso que viviéramos en otra ciudad. Ese tal Departamento de Ciencia y Tecnología no le generaba ninguna confianza. Semejante fortín no podía ser normal. Esas paredes, aquellos alambrados, encubrían algo muy grave. Siempre que hablábamos de ese edificio virulento, justo en esos segundos de extrema tensión, se oían agónicos ladridos (ahora lo recuerdo). Harold intentaba disimular que también escuchaba esos ruidos.

Yo quería concluir mi investigación en esa escuela secundaria. Había trabajado durante meses en la institución educativa que acogía a mis dos amados hijos (Felipe y Carlos). Llené planillas; completé tablas; realicé informes. Harold conocía mi esfuerzo; confiaba en los relevantes resultados que su esposa anhelaba obtener, por eso me apoyó. Prefirió especular que todo saldría bien. Mientras tanto, en ese mismo instante, el mundo se hacía pedazos. Los líderes más belicosos y cobardes decidían el final de todos nosotros.

Hay muchos problemas cotidianos que podemos remediar, esa es nuestra más solemne obligación. Debemos continuar; las respuestas no vendrán solas. Los milagros no se suceden si no haces nada. Cada solución exige algún grado de compromiso. Sí, yo creía firmemente en aquellos principios.

La triste realidad me invita a escribir rodeada de ruinas; cerró las puertas en mi cara. La determinación personal, las buenas intenciones, a veces no son suficientes. A la intrínseca maldad del ser humano le hemos asignado la más moderna tecnología.

—¡Tranquila! ¡No estás sola! —imaginé que oía ese mensaje.

Entonces, esas aprensiones de unos pocos, sus desconfianzas

particulares, pusieron en riesgo la existencia de cada uno de nosotros. Los efectos colaterales se hicieron más peligrosos que las intenciones criminales específicas. Era cierto: el hogar de todos estaba en juego. Al final, hoy, perdimos.

Harold era un artista. Hacía cosas bellísimas con la madera. Mis hijos y yo lo admirábamos profundamente. Siempre nos ofrecía una sincera sonrisa. A pesar de cualquier inconveniencia no dejaba de irradiar felicidad.

Sí, mi esposo era un hombre que sabía valorar las cosas más simples. Hallaba belleza en los detalles de la cotidianidad, en esas cosas que, por lo regular, las mayorías pasamos por alto. Le gustaba escribir poesía, cuentos; pintaba cuadros hermosos. Era un tipo genial, era mi amigo incondicional.

Felipe y Carlos lo respetaban muchísimo. Por supuesto, ellos lo querían con el alma. Lo querían y lo admiraban con todas sus fuerzas. Mi esposo jamás necesitó un grito para defender sus convicciones. Exponía sus ideas con serenidad e inteligencia.

De a poco, cada vez más, la gente de la ciudad, de todo el país y de otros lugares del orbe, empezó a valorar su natural talento. A Harold no le importaba el dinero. Buscaba los recursos adecuados para que nuestra familia viviera muy bien, pero el aspecto monetario no era su prioridad. Sin embargo, durante los últimos años, había ganado una pequeña fortuna.

Yo cobraba un excelente salario. No podría quejarme. Además, hacía lo que realmente amaba; las investigaciones en el campo de la psicología me apasionaban. Harold me conocía mejor que nadie. Por eso, a pesar de la reciente solvencia económica que disfrutábamos gracias a su talento artístico, nunca me sugirió que dejara de trabajar. Entendía lo que era importante para mí. Él, mi adorado esposo, me

respetaba. Me brindó su irrestricta compañía, un amor absoluto.

Apreció que continuara con mi investigación. Siempre estuvo listo para escucharme, para darme un consejo. Nunca tomó una decisión por mí. ¡Lo extraño tanto! Cada centímetro de mi piel lo desea. Quiero abrazarlo mientras el tiempo se detiene. Mis lágrimas caen en el papel; regreso a este mundo de soledad del que no puedo escapar.

Mis hijos ya no están; Harold tampoco camina a mi lado. Estoy sola. Escribo desde esta piedra blanca. Todas las piedras son iguales. Mi tristeza no se compara con ninguna.

Un momento. Eso no parece un espejismo. Ella no es como las otras personas que he visto deambulando por ahí. Me está mirando; yo puedo vislumbrar el odio en sus ojos rojos. Esa mujer sabe que les estoy escribiendo.

Esa maligna señora es muy real. Para beneplácito de ustedes, mis fantasmales lectores ávidos de historias de terror; para que la tragedia de quien les escribe se torne cada vez más espinosa (ya no había escapatoria), esa bruja está haciendo rechinar sus largos y filosos dientes.

Quiero saltar, quiero correr para que ella no me alcance con sus brazos ensangrentados. Viene por mí. Se acerca lentamente, paso a paso. Mis piernas se encuentran paralizadas. No me puedo levantar de esta roca blanca. Escribo con las últimas fuerzas que me quedan. Optimista, giro mi cabeza hacia otro lado, esperaba despertar. Cuando vuelvo la vista al frente, ella aún está allí. Me observa; sé que no debo cerrar los ojos.

Tengo miedo, tengo mucho miedo. Espero que ese demonio se esfume. Como de costumbre: mis deseos no son concedidos. Ella sonríe, ella

sonríe mientras sus pies descalzos desgarran la tierra. Conoce mis temores.

Tampoco consigo gritar, sé que nadie me oye. Sin pronunciar palabra alguna; sin dejar de escribir estas letras, varias lágrimas de pavor recorren mi rostro petrificado.

CAPÍTULO V
EUFÓNICA VERDAD

Debieron pasar unos veinte minutos, aquí todo el tiempo no es nada. Tenía la cara llena de lodo. Desperté tirada en el suelo, luego de un desmayo que bien pudo haber sido un fulminante ataque al corazón. Estaba viva, en medio de una historia en la que ya todos habían muerto. Una apestosa neblina me arropó, cubrió la escena con más anarquía y desesperanza.

Tan pronto retorné al mundo de la plena conciencia, agarré mi agenda. Saqué del barro aquel lápiz, escribí para no perder ni un solo detalle de lo que acababa de ocurrir.

Apreciados lectores fantasmas, les escribo mientras mi cuerpo todavía tiembla. ¡Nunca observé nada tan aterrador! Bueno, hasta ahora. El miedo siempre tiene otro nivel para escalar.

Al menos, a pesar de todo, veo mi mochila de sobrevivencia. Aún está donde la dejé. Tengo muchos lápices para continuar escribiendo.

Tomaré el overol "limpio". Ese que refregué y refregué en el riachuelo para suplir la ausencia de jabón. Hace muchos días que no usaba otra muda de ropa. Sí, agarraré de mi morral las mejores prendas que tengo. Hoy luciré esa cachucha roja.

Ni siquiera voy a reparar en lo que acaba de acontecer. ¿Para qué? Ya tengo suficiente miedo. No necesito echarle más leña a la hoguera. Supongo que, algunas páginas más adelante, unos capítulos después (no muchos), tendré que hostilizar con algún otro ser siniestro. Quizás esto sea una consecuencia lógica de mi desesperación mental. No, yo no digo que esté demente. Puedo afirmar que, en este contexto extremo, apelar a la cordura sería absurdo.

Cada paso que doy; cada palabra que escribo, devotos lectores invisibles, me conduce a algún lugar. No busco nada. No sé cómo será el final. Voy por ahí, camino sin preguntar.

La vida es una gran eufonía que nadie puede escuchar. Todos los sonidos gritan un mismo tormento. Sin mi esposo, sin mis hijos, cualquier victoria infinita será parcial. Algunos añoran un hermoso sueño; yo solo quiero despertar.

Las moscas rojas que son signos de corrupción; aquellas ratas negras que parecen volar no tienen conciencia del color de esta realidad. Yo, aunque perdida en las aguas profundas de esta pesadilla, aún puedo vislumbrar nuevos naufragios.

Después de esas explosiones que hicieron temblar al planeta entero, vino la oscuridad. Mi mundo, este, antes muy azul, se envolvió de tenebrosas cenizas; la odiosa noche duró muchas jornadas. Sin embargo, sombra a sombra, el sol se abría paso.

Sí, ahora comprendo el sentido de la literatura. Cada pequeña letra que escribo combate mi enorme y entendible pesimismo. Harold también escribía poesía, él hilaba bellísimas historias de amor. Alguna vez, en aquellos tiempos de felicidad, mi esposo me aconsejó que redactara mi propia historia.

En esta juiciosa agenda, con estos afanosos lápices, hoy estoy construyendo mi futuro. De repente, sin pretenderlo así, un viento de esperanza sopla en mi rostro. Esta es mi novela, es la historia de mi vida. No voy a permitir que nadie la escriba por mí. Tal vez las abruptas circunstancias me superen, pero no voy a renunciar. Escribir me da vida, escribir me podría salvar.

Me cambiaré; yo voy a seguir hacia adelante. Recorreré este cementerio, esta tétrica fosa que antes era mi hermosa ciudad.

Tranquilos, apreciables lectores fantasmas. Claro que pueden confiar en mí; los mantendré al tanto de cualquier novedad. Solo les pido un favor, solo uno. Recuerden no hacer trampa, no se salten ninguna página. Lean desde el principio; juntos tratemos de arribar al puerto final.

CAPÍTULO VI
EPIFANÍA INFERNAL

Anteriormente, cuando realizaba mis investigaciones de campo, me consideraba a mí misma una experta en temas psicológicos. Eso creía que era. Sonreía cada mañana mientras pensaba en mis acertadas incursiones en el ámbito escolar.

Había leído muchos libros. Wilhelm Wundt, Sigmund Freud, Skinner, Piaget, Maslow. Cito esos ejemplos, solo por nombrar algunos de los más representativos. Decía analizar la conducta humana. Consideré que estaba recorriendo el camino acertado.

Me equivoqué. La cotidianidad, esta oscura cotidianidad que nadie más había vivido; esta realidad infernal que ya ningún otro ser humano logrará narrar (ahora todos los hombres están muertos), me autoriza para volver a una premisa fundamental: todo lo malo, sin importar lo malo que sea, es susceptible de empeorar.

En las obras que leí, en todas sus esclarecedoras páginas, había esperanzas, definiciones serenas. Sugerencias de cómo actuar.

Allí, en la teoría, en medio de sus inamovibles columnas, los análisis eran posibles. Existía espacio para la divergencia. Había un sinnúmero de ininteligibles aristas; nos enfrentábamos a una desorganizada infinidad de prismas. Cualquiera podría tener la razón. Solo necesitaríamos una voz más potente; tendríamos que apelar a esos argumentos que obnubilaran las pretensiones expuestas por nuestro contradictor de turno.

La realidad, esa realidad que jamás vivirá en los libros (aunque haya libros muy hermosos), siempre superará a la ficción. Al final, lo que

está escrito, sin importar el género literario que profese, no es más que una leve aproximación. La despiadada e inmarcesible realidad no conoce parangón.

Las obras científicas, esos grandes tomos que se enorgullecen de aquel rótulo, son lo mismo. Hablamos, en cualquier caso, de las intrínsecas restricciones de la tinta. Habrá brillantes autores, plumas privilegiadas, pero el día a día es inenarrable.

La finitud del papel; el carácter limitado del léxico humano, hacen que la representación se pierda en el contorno de las cosas. Distancias insuperables se yerguen por doquier.

Perdón, lectores fantasmas. Otra vez empecé a divagar. Sé que ustedes gustan de las escenas de terror; esos cuentos a mí me encantan. Simplemente, tal vez sin proponérmelo, intenté darle algo de contexto a lo que ahora escribo. Hechas las anteriores salvedades, las que nadie me pidió, volvamos a la cuestión que nos convoca. Mi lápiz (ni siquiera tengo tinta) quiere contar la verdad, toda la verdad. Me apegaré a los acontecimientos tanto como pueda. Aunque, lo entiendo perfectamente: los detalles son una barrera infranqueable.

Después de cambiar mis ropas sucias; antes de continuar hacia esa tétrica fosa que otrora fue mi linda ciudad, debía escribir.

Esto se ha convertido en una bella obsesión. Sí, también podría considerarse una ceguera demente. Ustedes eligen.

En lo que es el colmo de la fe y la clarividencia, me refiero a ustedes como “lectores fantasmas”. Sé que no existen, y sin embargo les escribo estas frases con mucho fervor. Identifico la formidable distancia que nos separa, pero los siento a mi lado. Cuando menos te lo esperas: los límites se trastocan.

¡No entiendo por qué! ¡Acabo de escribir eso!

De repente, para pronosticar lo peor, haciendo más grande mi paranoia, el cielo se ha oscurecido. Quizá, salir del bosque no fue una buena decisión. Debí esperar un tiempo más. Tendría que haber cancelado ese impulso que me propuso retornar a las ruinas de mi ciudad.

Hay humo negro saliendo de ese tenebroso terraplén. La noche no es tan oscura como él. Vuelvo a escuchar esa maldita voz en mi cabeza. Una mujer (creo que se trata de una mujer) me dice en una frecuencia muy baja, apenas perceptible para mis oídos: “¡Tranquila! ¡No estás sola!”.

No, ser infernal. Si es que deseas ayudarme, definitivamente no lo consigues. No con esos mensajes que necesitan una voz de ultratumba para proferirse. Sería mucho mejor si permanecieras en absoluto silencio. Vuelve a tu cómodo sepulcro. Supongo que puedes leer lo que estoy escribiendo en este momento. Lee también lo siguiente: no me ayudes de esta forma.

Todo mi cuerpo está temblando de nuevo. El mal se aproxima.

La primera vez que escuché esas palabras: “¡Tranquila! ¡No estás sola!”, me sorprendí bastante. Fue algo muy extraño.

En seguida, pocas líneas después, ella apareció. En este minuto yo siento que me muero de pánico. Quizás no sobreviva si esa bruja me habla por tercera vez.

No, no puede ser mi imaginación. Yo no puedo estar tan loca como para escuchar dos veces lo mismo. Dejaré de escribir por unos

minutos. Ya regreso. Debo ir a esa colina.

¡Espérenme!

—Malditos, si es que aprecian en algo sus almas, dejen hasta aquí esta historia. No lean más. De avanzar, si es que tan solo pasan una página después de la presente advertencia, todos ustedes estarán condenados al peor de los martirios. Ya les llegará su hora; sean pacientes. Ja, ja, ja. Esta novela de terror no les pertenece. Dejen que la protagonista perezca al igual que el resto de la humanidad de esta dimensión. Si así lo prefieren, consideren este mensaje como una epifanía infernal. No quiero que esto se convierta en literatura. Al principio, me pareció algo curioso, pero ya me harté. Valerie debe dejar de escribir. Ella está interfiriendo en nuestros planes —escribió un amigo en la agenda de la simpática y entrometida psicóloga.

Apreciados lectores fantasmas, esto es demencial, para perder la cabeza. Presumo que todos ustedes están aterrados. Aunque, sinceramente, no creo que tengan tanto miedo como yo. Si es que alguien encontró mi agenda, si es que acompañan la lectura hasta este punto, seguro ya observaron el anterior párrafo, ese párrafo amenazante que yo no escribí. Sí, fue apuntado con mi letra, pero yo no lo hice.

Llevaba el diario en mi mochila. Cuando me animé a escribir otra vez, tan pronto tomé papel y lápiz, hallé esa particular amenaza escrita.

Apreté el diario con mis manos (quería evitar que la maldad se saliera de sus páginas). Luego lo arrojé lejísimos. He estado dando vueltas y más vueltas durante casi una hora.

A sabiendas de que ya lo había perdido todo, tras recordar esa decisiva verdad, preferí volver a escribir. Recuperé el diario, de

inmediato vi que ese demoníaco mensaje no se había ido. No se borró. Es la prueba fehaciente de la intervención del mal en esta historia. Fue escrito imitando mi letra; sin embargo, tan pronto lo lees, un inequívoco escalofrío te sugiere su autoría.

Desde el infierno ha venido aquel escritor. Él mismo resaltó que era un amigo, un hombre. Es decir que, al menos, dos seres oscuros me acompañan en este momento. La otra era una mujer.

Tal vez son la misma cosa. Es una posibilidad. Son reales, tan reales como estas hojas que lees.

CAPÍTULO VII
EL HUMO NEGRO

Esa fumarola (cada vez más activa) no podía ser un fenómeno espontáneo. No, no era fruto del azar (la autora de este libro considera que la suerte no existe).

Aquel humo negro debió contar con la colaboración de algunas manos. Sí, me refiero a las mugrientas manos de un hombre malvado; quizás estamos hablando de las elásticas extremidades superiores de un monstruo.

¡Qué sería del terror sin los monstruos!

¿Para qué monstruos si existen los seres humanos?

Humanos:
1. Dícese de aquellos seres vivos que, en un acto de extrema sencillez y nobleza, se consideraban a sí mismos los únicos usufructuarios de la razón y el buen juicio.
2. Criaturas (Dios debe estar arrepentido) responsables de la erradicación de cualquier vestigio de vida en la Tierra.

Nota:
Cuando yo también era ingenua creí que había esperanzas.

Quedan unas cuantas matas por ahí; aún es factible advertir la presencia de diferentes animales. No obstante, el mundo que conocimos está muerto.

Las brillantes civilizaciones humanas (occidentales y orientales), todas

ellas, por más desemejantes que pudieran ser, perecieron juntas. El instinto asesino venció a la razón. En un planeta sin hombres, sin ilusiones, sin futuro, sin lágrimas para derramar, aún sobreviven muchas bombas atómicas. No fue necesario que explotaran todos los arsenales. Sobraron balas, ya no hay nadie a quien disparar.

Amigos, perdónenme por haber perdido cualquier optimismo (de nuevo). Camino lento. Con cada paso que doy en el interior de esta historia que les narro en vivo y en directo; en la medida en que los párrafos y las páginas van quedando en el pasado, las cosas se complican. El colofón que otrora soñé, al menos uno razonablemente feliz, ahora parece muy distante.

No les he contado qué fue lo que descubrí en ese humeante montículo. El tenebroso mensaje que apareció en mi agenda, ese recado maldito, coincidió con mis hallazgos en el terreno. Los dos hechos resultaban sorprendentes, pero me quedé con el último. Mientras temblaba por esas palabras que alguien me escribió; durante cada segundo de aquel sempiterno período de tiempo, hice a un lado lo que había visto debajo del fatal humo negro (yo no dejaba de toser).

Les contaré. Recuerden no saltarse ninguna página. Por favor, no me dejen sola. De algún modo, aunque les pueda parecer bastante extraño y misterioso, voy escribiendo estas palabras y, a la vez, puedo sentir que ustedes me están leyendo.

Tú lees lo que yo he escrito en esta agenda; escuchas la punta de mi lápiz deslizarse por el papel. Esta comunión trasciende cualquier límite temporal. Nos encontramos en la unidad de un sentimiento compartido. En el mismo espanto, en una idéntica expectativa, la todopoderosa literatura nos convoca.

Ese humo negro ya se mimetizaba con la noche, pero alcanzó a señalar el norte que esta penitente mujer pretendía aprehender. A través de

una abertura en la parte superior, al lado de la chimenea; tras dejar algunos de mis mejores miedos arriba, bajé varios metros hasta alcanzar una exótica recámara mortuoria.

Había tres camillas para autopsias. Sí, tres vetustos muebles destinados al escalofriante propósito. Alguien debe hacer esa tarea, lo entiendo, no por eso deja de ser una responsabilidad macabra. Aquellas varillas oxidadas estaban llenas de tierra y de malas energías. La muerte allí gobernaba. Todos los pelos de mi cuerpo se erizaron. Un agudo chiflido asaltó mis oídos. El tiempo se detuvo, el tiempo dejó de existir.

No sé si estuve unos pocos minutos en ese grotesco lugar, tal vez me perdí en sus paredes durante varias horas. Mientras escribo, empiezo a comprender. Tuve suerte; no creo que Dios me haya querido ayudar, logré escapar de la guarida del mal. Ese era el hábitat natural de alguna entidad retorcida. Todo el escenario hablaba de una obra de terror. Cada elemento había sido ubicado para alejar a los eventuales visitantes. La soledad, únicamente ella, tenía derecho a caminar por la endemoniada escena.

Un perfecto claroscuro, rebosante de imaginación, suspenso e intriga. Claroscuro, esa es la palabra más acertada para describir lo que observé en la antigua morgue. Sin necesidad de una fuente de luz, diferentes objetos escapaban de la oscuridad.

Una mano maestra elegía qué piezas resaltar con sus hermosas pinceladas. Las otras, las menos importantes para el autor, eran dirigidas a un segundo y olvidado plano.

Había huesos en cada esquina. Cráneos y tibias entrecruzadas. Eran piratas o antiguos cristianos. Las intermitentes penumbras también me mostraban disímiles herramientas de metal, de esas que se utilizan para abrir cadáveres. Colgaban del techo, unos robustos alambres

sostenían los paradójicos utensilios médicos a una altura aproximada de dos metros. Había un raro espejo.

Había un piano. Nadie podría dudar de su altísima calidad. No hay una sola persona que intente imaginarlo emitiendo notas festivas. No, ese piano solo sabía de tristezas.

En una de las negras paredes resaltaba un mensaje escrito con tinta roja. Rezaba en letras cursivas: “Allí será el llanto y el rechinar de dientes”.

En el costado opuesto a esa bíblica sentencia, estaba la entrada al horno crematorio. El humo negro que registré en el exterior provenía de los cuerpos que allí se calcinaban.

La carne de los muertos, sus osamentas, eran tiradas en aquel compartimento de piedra. Alguien les prendía fuego. De forma periódica, el encargado de ese hediondo ejercicio recogía restos humanos para convertirlos en señales de humo.

Había un loco suelto en mi historia. Espero que sea uno solo. Definitivamente, había otras personas con vida. Esa, dadas las circunstancias, no era una buena noticia para mí.

Tan pronto vi el mensaje que ese escritor maligno escribió en mi diario, sin más opción, perdí la cabeza. Incluso me olvidé momentáneamente de lo que había espiado en aquella recámara subterránea. No sé qué sea peor. Si un humano demente que ofrenda carne humana o un poderoso engendro que es capaz de escribir en mi diario sin necesidad de tocarlo.

Acaso, ¿se tratará de la misma persona? Todo mi cuerpo está temblando de nuevo. El mal se aproxima. La primera vez que escuché

esas palabras: “¡Tranquila! ¡No estás sola!”, me sorprendí bastante. Fue algo muy extraño. En seguida, pocas líneas después, ella apareció. Quizás no sobreviva si esa bruja me habla por tercera vez (creo que eso está por ocurrir).

Yo misma lo pronostiqué. Debí quedarme callada; habría sido mejor si no lo hubiese escrito.

Es como en las películas de terror, sabes que, si volteas a mirar, si decides girar la cabeza, hallarás eso que tanto temes. No quiero que se agrupen mis tres últimas preocupaciones. No quisiera pensar lo que estoy pensando en este momento.

¿Cuál será mi destino? ¿Valdrá la pena tratar de escapar? Ahora mismo no lo sé. Más temprano que tarde lo averiguaré. Si es que puedo, registraré todo en estas páginas.

CAPÍTULO VIII
SIN SALIDA

¡Qué otro nombre podría haberle dado a este capítulo!

Anoto el anterior título, mientras aprieto los dientes, porque eso indican las muy difíciles circunstancias que me toca vivir. Me enfrento a unos enemigos que acometen desde diferentes flancos. Además, como si aquello fuera poco, lo hago porque es importante darle cierta sonoridad a este escrito. No significa que me haya resignado a morir. Por mis hijos, por mi esposo, intentaré superar las pruebas que vengan.

"Los libros te salvan". Esa era una de las profundas frases que mi esposo solía repetir. Bueno, quizás lo estoy parafraseando. Tal vez no eran esos los términos exactos. Él no tenía fórmulas secretas; aprovechaba la belleza de cada instante. Para Harold, para ese hombre que yo tanto amo, las palabras lo podían todo. Claro, nunca dejó de describir esa gran diferencia que existía entre ellas. Había palabras que persiguen significados; existían, en una dimensión más alta, palabras que se pierden en el ritmo. Las primeras eran grises; las otras estaban llenas de color.

Las lágrimas recorren mi rostro. El llanto es incontrolable. Me encantaría que estuviera aquí, conmigo. Lo necesito. Necesito que Harold camine a mi lado para lograr salir con vida de esta pesadilla. Juntos escribiríamos una historia con final feliz.

Lo sé, yo soy la psicóloga, pero él siempre era quien tenía todas las respuestas. En los instantes que vuelan por ahí, en las cosas más pequeñas, mi Harold hallaba universos repletos de magia.

Yo solía leer libros que planteaban sus propias soluciones. En función de una específica corriente de pensamiento; a la luz del ego incomparable de un autor en particular. Ya les mencioné algunos de mis escritores preferidos. La poesía y esas obras que resaltan el valor de la inspiración, jamás fueron mi fuerte. Sin embargo, moría de felicidad cada vez que Harold me escribía un poema.

Estoy estremecida, amilanada, espantada. Tengo mucho miedo, por eso les escribo estas meditadas líneas. Trato de no pensar en los monstruos que están por ahí, ocultos a mi alrededor. Quiero, consciente e inconscientemente, localizar el calor de mi esposo. Sería ideal que esto no fuese como un libro de terror.

Sé que, muy a pesar de mis locos deseos, las circunstancias nos hablan de ese género literario. Espero que la pesadilla concluya pronto. Escribo para que así sea. Los libros nos salvan, por eso escribo este. Seré la protagonista de mi tragedia (también de mi propia salvación). No dejaré que ningún demonio redacte más páginas de mi vida.

Quise ser optimista. La realidad me golpeó más fuerte.

Traje a la memoria que, en la humeante residencia subterránea, en una de las negras paredes, sobresalía un mensaje escrito con tinta roja. Rezaba en letras cursivas: “Allí será el llanto y el rechinar de dientes”. Volví a pensar en eso.

Sí, observé los párrafos precedentes, pasé unas páginas, y aún están aquellas palabras que yo no escribí. No se borraron.

También leí otras cosas. No debí mirar las anteriores hojas. Ya lo había escrito, tenía que haberse quedado atrás, a disposición de los eventuales lectores que se tropezaran con mi agenda. Un misterioso impulso me llevó a hacer esa dolorosa consulta, yo no pude evitarlo.

Todo mi cuerpo está temblando de nuevo. El mal se aproxima.

La primera vez que escuché esas palabras: "¡Tranquila! ¡No estás sola!", me sorprendí bastante. Fue algo muy extraño. En seguida, pocas líneas después, ella apareció. En este minuto, yo siento que me muero de pánico. Quizás no sobreviva si esa bruja me habla por tercera vez (leí en mi agenda). Y ocurrió.

—¡Tranquila! ¡No estás sola! —dijo la mujer de largos y filosos dientes color beige.

Ahora, en este categórico minuto, ella lleva puestas unas ropas mucho más oscuras y raídas que las que tenía encima la primera vez que me enfrentó. Tiene una sonrisa macabra y amarilla.

No, un desmayo no me salvará en esta ocasión. Escribo, sigo escribiendo mientras puedo. A lo mejor estas son mis últimas palabras. De ser así, quiero dejar constancia del infinito amor que siento por mis hijos y por mi esposo. Lo intenté, traté de salir con vida de esta pesadilla.

—Allí será el llanto y el rechinar de dientes —eso me gritó la bestia que hacía crujir sus colmillos.

Pronunció las mismas palabras que estaban escritas en aquella pared de la habitación subterránea. Estoy sudando; mis manos se entumecen. Ella camina muy lentamente hacia mí. Sabe que no tengo escapatoria. No esta vez.

Los hechos se sucedían en incontenible tormenta de fobias. En cámara lenta, sin perder un segundo, el mal me acorralaba. Cerraré esta agenda, hice lo posible para escribir hasta aquí. Si es que regreso, si es

que vuelvo a algún lugar, tomaré de nuevo papel y lápiz.

Este es el punto supremo de la historia, donde pregono todas las groserías que conozco. Esas que, frente a estos infernales escenarios, ustedes también habrían dicho. No me juzguen.

(Algunos minutos más tarde. Después de un breve período de tiempo que me pareció eterno)

Gracias por su leal lectura. Aún no acepto que permanezco con vida. De pronto no es así, quizás les escribe mi espíritu, mi desolado espíritu. Sería mejor si estuviera muerta. Creo que, de ese modo, me hallaría más cerca de mi esposo y de mis hijos.

Esa proterva mujer se lanzó sobre mi cabeza. Me agarró por el cuello, intentaba matarme. Cerré los ojos; imploré con algunas oraciones. Sus manos negras me robaban el aire.

—¡Tranquila! ¡No estás sola! Allí será el llanto y el rechinar de dientes —dijo la mujer de largos y filosos colmillos color beige.

Ella repetía sus dos frases favoritas, las únicas palabras que se sabía. Las pronunció varias veces, incluso renunciando al orden de sus primeras intervenciones.

—¡Bruja, déjeme en paz! —recuerdo que eso le grité.

Esa maldita señora se reía. Detrás de su mirada no había nada. En un mundo extinto por el accionar de las armas de última tecnología, yo estaba perdiendo mi vida a manos de una bruja que parecía salida de un libro de la oscura Edad Media.

Sí, cruzó por mi cerebro la posibilidad de la locura. En un santiamén, ayudada por la falta de oxígeno, llegué a creer que había malogrado la poca cordura que me quedaba. Para mi desgracia; afortunadamente (no lo sé), todo fue muy real.

Comprobé la veracidad de mi idea cuando le destrocé el cráneo con una roca. Logré alcanzar esa enorme piedra, y con un contundente golpe maté a la mujer que me estrangulaba. Solo así pude quitármela de encima. Fue el ejemplo más claro del derecho a la defensa. Era matar o morir.

Se trataba de una persona de la tercera edad. Esa anciana quiso asesinarme, yo me defendí. Antes no creí que fuese una bruja, no podría serlo. Ahora que la observo de cerca, mientras miro la sangre en su rostro, aclaro por completo su identidad.

No viene del infierno. Vivía a unas pocas calles de mi casa. Su vivienda, una formidable edificación colonial, hacía gala de un fino jardín exterior. Ese castillo (eso era) resultaba intimidante, me daba mucho miedo, pero su propietaria no era una bruja malvada de esas que abundan en los cuentos de terror (creo).

He matado a la señora Fitzgerald. Es ella, aunque tenga graves quemaduras en el rostro. Fue afectada por la radiactividad; las cicatrices en su cara hablan de una exposición directa a los agentes contaminantes que se disparan luego de la ignición de un artefacto nuclear. Debió estar muy cerca al punto cero.

Bueno, hablamos de los kilómetros suficientes para evitar que te conviertas en polvo de estrellas. No tan lejos del epicentro, no como para soslayar los peligrosísimos efectos colaterales.

Yo conocía a esa señora; llegamos a cruzar algunas palabras en

tiempos de paz. No tenía familia; vivía sola en un castillo que heredó de sus antepasados. Era extraña, misteriosa, pero no una bruja.

Alguna vez, cuando los desacuerdos entre los hombres no se saldaban con bombas atómicas, la observé a través del vidrio panorámico de mi vehículo. Ella alimentaba a un perrito de la calle; el animal le correspondía con entusiastas brincos. Por supuesto, infiero que, en cualquier caso, lo mismo demuestra que no se trataba de una bruja.

Ese galgo habría salido volando; no habría aceptado nada, no si una bruja quería acariciarlo. Los animales tienen unos sentidos súper desarrollados. Ellos advierten muchos peligros místicos que los humanos pasamos por alto. Ninguna hechicera es tan poderosa como para evadir el olfato de un perro, no de un perro entrenado en el hambre de los semáforos.

Amigos lectores, fantasmales lectores, lo innegable es que yo perdía en cualquiera de los dos casos. Si ella no era una bruja (como la prueba del perro parecía indicar) había asesinado a una anciana inocente. Muy loca, vestida con estridentes ropas negras, pero inocente, al fin y al cabo. Una víctima más de los peligros ocultos de la radiactividad. Si, por el contrario, en un golpe de suerte, conseguí abatir a un ser infernal, no tardarían en arribar sus diabólicos secuaces sedientos de venganza.

La ley de Murphy en todo su esplendor. Como esa luz que, desde la nada, iluminaba con sigilo algunos elementos de la recámara subterránea. El universo, cada una de sus inicuas premisas, todas ellas, en mi contra. Como si no hubiese nadie más. Esas malditas probabilidades, aliadas, confabuladas todas ellas, soñaban con hacerme sucumbir.

Los antiguos griegos, desde el soldado hasta el filósofo, por mucho que batallaran, no podían escapar de la tragedia. Un hado funesto los

cubría desde el momento del parto, incluso desde antes de la concepción. Eso les pasó a ellos; yo intentaré construir mi propio destino. Seguirá siendo triste, lejos de mis hijos y de mi esposo. Lo construiré en su honor.

¿Recuerdan lo que les conté acerca de un raro espejo? Déjenme revisar. Perdón, creí que ya les había escrito sobre él, y no. No les había hablado de aquel extraño elemento.

Mientras el ensangrentado cadáver de la señora Fitzgerald me observa (sus ojos quedaron medio abiertos), les contaré más detalles de lo que encontré allá abajo. Antes de que cualquier nueva desgracia se suceda, sabiendo que es muy posible que así sea, aprovecharé para referirme a ese tema.

Además, sé que las letras buscan entrelazarse para sugerirme nuevas verdades. Lo he certificado en la medida en que redacto esta trascendental historia de terror. Espero, si bien no con todas mis expectativas, solamente apelando a un moderado optimismo, vislumbrar esas ambicionadas respuestas.

Yo empiezo a creer en la inspiración. Mi esposo solía hablar de ella. Decía que no era exclusiva de la poesía. Aunque ese era su entorno predilecto, también podíamos identificarla en cualquier otro escrito. Se revelaba en el lugar que quería, sin necesidad de ninguna excusa. En un intrincado ensayo, en un desprendido cuento; en una servilleta, en las hojas de un árbol muerto.

Seguiré escribiendo, mientras pueda. Insisto, es incuestionable: no tengo nada que perder. Confiaré en los consejos de Harold. La literatura podría salvarme, a mí también.

Sí, en ese lugar hallé un espejo muy extraño. Cuando lo vi en medio

de las penumbras, escondido detrás de ellas, sentí que él me había encontrado a mí.

CAPÍTULO IX
EL ESPEJO DEL TIEMPO

No, ese no era un espejo cualquiera. También estaba iluminado con aquella técnica del claroscuro. La mano maestra que dibujó el inefable cuadro subterráneo debajo de esa lúgubre fumarola quiso resaltar algunas cosas en su bella y misteriosa creación.

Había elementos especiales, algunas piezas que escapaban de la oscuridad. El triste piano, esos ordenados huesos, los utensilios médicos que colgaban del techo. Y sí, por supuesto, me refiero al desgreñado cristal que nos emplaza en este sombrío capítulo.

De la nada surgía la luz que destacaba sus extáticas virtudes. Él estaba allí, como congelado en el atroz instante. Yo lo miré; sin más alternativas, ejecutando las duras órdenes de una autoridad sobrenatural, me sugería la entrada a un sinnúmero de mundos que no tuvieron pasado, a otras realidades que jamás conocerán el futuro. Tiempo arquetípico, eso era aquel sucio espejo.

Saben, tengo muchas preguntas. Ni siquiera sé si me interesa adjudicarme las respuestas que caminan libres por ahí.

En fin, avancemos con esta narración. No hay otro camino. Es ahora o nunca (hace rato quería escribir esa frase).

Quizás, cuéntenme con total sinceridad, ¿creen que el suicidio sería válido en este caso particular? ¿Lo sería para mí bajo las circunstancias que me agobian? Yo les escribo, pero también percibo sus lecturas. Así no lo crean, conozco sus respuestas. Bueno, no se asusten, no es necesario. Ya es suficiente con que la protagonista de esta historia esté muerta del miedo.

No practico ninguna clase de hechicería; no puedo saltar entre universos paralelos (espero que haya uno en el que ustedes leen mis vehementes palabras). Trataré de explicarme mejor.

Simplemente, sospecho que ustedes podrían estar pensando en esa radical solución. Si no hay esperanzas, si no hay caminos de escapatoria para transitar, ¿por qué continuar? Mis hijos y mi esposo han muerto, mi mundo dejó de existir. Los peligros que me acechan parecen insuperables. Cierto, pero no por eso me voy a matar. Sería una cobarde si lo hiciera. Si he de morir, moriré con honor. A mi familia, en el lugar que se encuentre, Valerie le otorgará un motivo de orgullo. No otra tristeza.

Soy psicóloga, es lo menos que podría contestar. Que salga a flote nuestro primitivo instinto de supervivencia. A pesar de las dificultades, gracias a todas ellas.

También, que nos acompañe la muy demeritada racionalidad. Ese neocórtex que nos diferencia de los demás mamíferos; esa región de la corteza cerebral, de nuestro sistema nervioso que nos permite imaginar lo imposible, aquí me impulsa a dar un paso hacia adelante.

Eres humano cuando sueñas, cuando derrumbas barreras. En una máxima instancia, eso es la inspiración: un perfecto estado de conexión espiritual con la divinidad, con la que es nuestra esencia. Somos polvo de estrellas, somos uno con el universo (tenía que darme ánimo).

Estoy devastada, sería imposible no sentir miedo. Claro que no, yo no los juzgo por pensar de esa forma, apreciados lectores fantasmas. Ustedes son libres para especular en torno a esos desenlaces que consideren más eficientes. Si es que alguien lee lo que yo he escrito,

ha de saber que, en esta historia, en cada página, en todas las líneas, nada está preconcebido.

El humo que brotaba a la superficie a través del conducto en la parte superior, ese humo de negra muerte, no se iba sin antes dar varias vueltas alrededor de aquel tenebroso, aunque todavía reflectivo cristal.

Lectores fantasmas, debo regresar a ese sitio. Espérenme, por favor. Para escribir con mayor exactitud, para que mis palabras digan nada más que la verdad, a mí me corresponde regresar a ese sitio. Será cuestión de unos pocos minutos. Iré a dar un vistazo. Allí, bajo tierra, en esa guarida subterránea, anidan muchas posibilidades de respuesta. No quiero que el miedo me traicioné; no deseo ser inexacta en mi narración.

Amigos míos, para revalidar lo que ahora estoy pensando; para vivificar todo aquello que creo recordar, necesito volver a ese siniestro lugar. Si ustedes quieren, carísimos lectores, para que conserven el hilo, repasen algunas de las insinuantes páginas anteriores mientras regreso. Intentaré regresar.

Media hora después…

Ella no volverá a escribirnos; tendremos que imaginar el final de este libro (pensarán muchos de ustedes). Pues, aquí estoy.

Volví después de media hora. Sí, aquel espejo funciona como entrada a otros tiempos (si es que el tiempo existe). A través de ese cristal puedes viajar en el calendario. No, no me volví loca. Aún queda algo de cordura en mí.

Cuando toqué el espejo (fui allí con esa intención) mi mano desapareció. El enmarañado cristal se transformó en un líquido sin

resistencia. El piano, ese que solo sabía de tristezas, empezó a cantar notas muy agudas. Las paredes se pintaron de muerte. La señora Fitzgerald (esa misma que yo maté), lanzaba huesos humanos a la hoguera. En esa especie de realidad alternativa, en aquella dimensión paralela donde el tiempo es otra cosa, esa mujer estaba viva.

Corroboré que era cierto lo que estaba pensando, eso que no había querido escribir hasta ahora. No, no lo imaginé; no fue una alucinación producto de mis miedos. Eso fue lo que había visto algunos minutos antes; por eso me lancé al interior de ese espejo que funcionaba como interruptor dimensional. Pretendí escapar de aquella maligna señora; ella se arrojó sobre mí, cual leona a su presa. No fue un simple *déjà vu*. Realmente estaba ocurriendo, ocurría otra vez.

Con razón le puse ese nombre al presente capítulo. El tiempo no era lineal, no aquí, no bajo las actuales circunstancias. Por el contrario, se presentaba como un arcano remolino, como un eterno retorno.

La primera vez, tampoco salí corriendo de ese brumoso refugio subterráneo, no me había ido caminando de aquella guarida del mal. Me lancé al interior del espejo para salvaguardar mi vida. En esa ocasión, la bruja fue detrás de mi cabeza.

Yo la maté con ayuda de una roca, por eso ya no existía en la realidad del mundo superior. Abajo, con las extrañas reglas de esa entelequia, su fantasma seguía vigente.

No sé qué habrá ocurrido con la señora Fitzgerald, pero no es la mujer que está tirada a mi costado derecho. Mientras escribo, certifico que realmente maté a una malévola bruja.

Ella ya no puede jugar con su apariencia; ya no enreda mis recuerdos.

CAPÍTULO X
LA PÁGINA 71

El mensaje que apareció en mi improvisada agenda, ese que yo no había escrito (en ningún momento), seguía suscitando toda clase de preguntas en mi agobiada cabeza. Ponderé la decisión inicial; pensé que, al final de cuentas, sería peor si arrancaba esa hoja. Por eso la dejé ahí. Traté de no mirarla; hice lo posible para no tocarla.

La noche se apoderó de toda la escena. Ni siquiera puedo ver lo que estoy escribiendo ahora mismo. La ignominiosa noche es más intensa, más negra. Recuerdo que, junto a mi tenebrosa soledad, estoy empezando la página número 71.

Allá, abajo, en esa recámara subterránea, carbonizaban cuerpos humanos. Había un fortísimo olor a carne quemada. Esa bruja era la cruel cocinera. Atrapaba personas en otras dimensiones. Formó su madriguera en este mundo que ya no tenía vida.

Yo estaba a salvo de su influjo (eso conjeturé) porque conseguí acabar con su corporeidad.

Consciente de esta puntual situación, en lo que fue un arranque de injustificado optimismo, quise mirar procedimientos que me favorecieran. Imaginé que estaban allí.

Tal vez, si ese ininteligible espejo podía jugar con el tiempo, habría una oportunidad para retornar a un momento más feliz en mi propia existencia. En el pasado cercano habría humanos a mi alrededor, mis seres queridos estarían con vida. Tenía que intentarlo.

Ya ni siquiera sentía hambre, tampoco frío. Estaba más viva que

nunca. Llena de una inusual determinación decidí volver a esa caverna.

Di un gran grito de batalla, y me deslicé hasta el interior de ese lugar subterráneo. Estaba dispuesta a luchar contra cualquier criatura. Para mi sorpresa, esta vez no había nada. El piano yacía en una esquina, estaba roto por la mitad. El espejo se había convertido en mil pedazos de cristal.

Lloré durante varias horas; lloré sin consuelo al entender que, definitivamente, no los volvería a ver nunca más.

Agarré del piso algunos trozos de vidrio, los apreté con todas mis fuerzas. Con mis manos ensangrentadas; con el alma rota, preferí cerrar los ojos.

Estas notas sueltas empiezan a cobrar forma de novela, incluso vislumbro la eventual paginación. Sonrío al pensar en esa idea.

Ya todo era oscuridad, mi vida era más oscura que la noche. Terminaba un día más, sin esperanzas, sin sueños. Cerré los ojos para no ver mi triste realidad.

CAPÍTULO XI
VIERNES 13

Creo que está comenzando el viernes, es la madrugada de un viernes 13. Oscuridad y miedo, desesperanza y caos. Por eso elijo este poco original título para el desgarrador capítulo que inicia. Algo realmente horrible podría estar a punto de ocurrir.

¡Murphy, maldito, tenías razón! Las vicisitudes que nos llaman siempre pueden empeorar. Nos hablan de colores más oscuros, de noches más largas. ¿Cómo escapar de la tragedia? ¡Resulta imposible!

El dolor de una pérdida, el natural duelo que le sigue, luego dan paso a la interminable melancolía. Creo en la veracidad de aquellos planteamientos de Freud. Tendríamos que ser capaces de superar las pérdidas. Estancarnos en ellas nos condena a la infelicidad. Pero ¿cómo superar un dolor que cada vez se hace más intenso? Esos afamados teóricos aciertan de forma regular. Lo admito, no es simple corroborarlo en carne propia. Quisiera que ellos no tuvieran la razón, pero la tienen. Los humanos somos predecibles, en tanto: manipulables.

En este afligido mundo occidental, en nuestra tradición cultural procedente de las espléndidas Grecia y Roma, existen premisas.

Imposible huir de aquel marco conceptual. Me remito a esas imágenes preconcebidas que las mayorías localizan en el cajón de lo evidente. Hablo, por ejemplo, del culto a la belleza.

Y, en todo caso, el principal enemigo de la belleza es el bestial paso del tiempo. La vejez es el contrario por vencer. Desde siempre el ser humano ha tratado de hallar ese hostil elixir de la eterna juventud.

Occidente le rinde culto a la belleza, de forma muy especial a la belleza femenina. No puedo decir que este sea un remanente arcaico. No lo es. No es fruto del proceso evolutivo de nuestra especie. Sin embargo, sí se trata de una antiquísima tradición cultural a la que respondemos consciente e inconscientemente.

Por todo lo anterior, pocas cosas son tan espantosas como una bruja. Una mujer que no es bella; una arrugada anciana que perdió su batalla contra el veloz tiempo. Una mujer que no es sumisa ni bondadosa ¿Qué podría haber más aterrador? Nada, nada podría ser más tenebroso que ella.

La bruja trasgrede muchos paradigmas instaurados en nuestra superficial realidad. Tal vez, solo tal vez, ese sea el motivo para que haya una en mitad de mi historia.

Tengo en mi cerebro todas esas nociones de los libros que he leído. Un hombre lobo o una momia ensangrentada jamás me habrían asustado tanto como esa vieja mujer de agrio rostro.

A la figura de la bruja, instintivamente, le tenemos prevención y miedo. Ella podría ser fruto de mi imaginación, pero es real. Ojalá que no se me vuelva a presentar ese engendro. No podría actuar de forma racional. Gritaría de nuevo. En esta ocasión sí tendría un infarto.

No me importa si es una elaboración artificial de mis sentidos o lo que mis ojos realmente observan. Espero no ver más a esa arrugada bruja.

Durante varias horas rumié las anteriores reflexiones. Con los primeros rayos del sol aproveché para organizar mis ideas en el papel de mi agenda. Finalmente, supongo que se trata de una mezcla de ambas cosas. Realidad y espejismo; verdad y fantasía.

Ese monstruo existe. Es una mujer, y es una arrugada anciana. Es una bruja, es malvada. Es mi peor pesadilla vestida con ropas de calle, de cotidianidad.

No quiero que ningún monstruo se aparezca detrás de mí. Esa idea me aterra. Por supuesto, entiendo que es una posibilidad. Guardaré esta agenda. Luego seguiré escribiendo. Mi maltrecho instinto de supervivencia me grita que debo salir, correr.

CAPÍTULO XII
UN JUEGO MACABRO

Corrí a toda prisa durante más de media hora. Me encuentro en medio de un desmantelado parque infantil. Sobreviven algunos hierros retorcidos a mi alrededor (diminutos trozos de un gran parque), puedo recordar sus colores. Aquí los niños pequeños solían sonreír.

Creo ver un espejismo, uno nuevo. Esa niña rubia camina hacia mí. No me dejo engañar por su hermosa apariencia. Detrás de esos perfectos ojos azules se podría esconder cualquier pérfido demonio. Yo sigo escribiendo, escribo para ustedes.

Mientras estos sorprendentes acontecimientos se desenvuelven, yo sigo anotando en el papel. Mi lápiz ha perdido su punta por enésima vez. Con mis manos sucias, con lo que queda de mis uñas trabajo para que el grafito vuelva a la vida.

A propósito, después de mucho tiempo, reviso mi zarandeada mochila: puedo estar tranquila. Aún me quedan varios lápices, también tengo papel de sobra para continuar con este escrito.

¿Comida? No tengo ni siquiera un pedazo de pan. ¿Agua? No. No hay nada para tomar. Mis provisiones se han acabado.

Regreso la vista al frente. Esa niña ha disminuido su velocidad. Ahora arrastra sus pies; ha extendido sus brazos. Ella me mira con una inusitada ira.

—¡Raquel, ven de inmediato! Deja en paz a esa desafortunada señora. No puedes andar por ahí espantando a tus semejantes. Debes aprender a obedecer a tu madre —eso dijo la mujer de cabello dorado que

apareció en el otro flanco de esta escena.

La niña corrió hasta los tibios brazos de su ansiosa mamá. Ellas sonrieron; se despidieron de mí (ambas sacudieron sus manos con vehemencia). Intentaron decirme algo con el movimiento de sus blancas manos. Yo no entendí nada.

Esa mujer alzó a la niña, la puso en sus hombros. Velozmente, cuando yo menos lo esperaba, saltó a ese agujero. Ni siquiera sé cómo soy capaz de seguir garrapateando en esta agenda. ¡Me han ocurrido tantas cosas aciagas! Esto parece de nunca acabar. Continuaré escribiendo hasta donde la cordura me alcance.

Fui hasta allí (después de un par de minutos) para verificar qué era ese extraño hueco en el piso. En verdad parecía una tumba. Aquel agujero rectangular tenía en el fondo una pila de huesos.

Necesitaba respuestas; quería conocer el porqué de todo esto. Añoraba esos tiempos en los que había otras personas vivas caminando por las calles y, sobre todo, extrañaba el amor de mi adorada familia.

Mis sueños, esos que se han armado con la incontrolable fuerza de la venganza, me indican que, a pesar de todo, debo avanzar. ¿Habrá algún motivo para no desfallecer? ¡Lo que más quiero está muerto! ¡Lo que más quiero parece tan distante! ¿Quién es el culpable de esta infinita desventura que me atrapó en sus garras? Tal vez no haya culpables, y eso es aún más triste.

Mi ira, mi tristeza, todas mis penumbras no tienen un rostro. No, no podré hallar consuelo en la venganza, tampoco en ella. Caminaré por caminar, sin ningún norte, para agradar a la nada. Nadie me observa; nadie me espera. Todo lo que haga será en vano. No creo que mi familia se pueda sentir orgullosa de mí, esa primera esperanza

también empieza a morir en mi interior. Aquí reina el mal, incluso sobre los sentimientos más nobles.

Observé con reanimada apatía, sin tener nada mejor para hacer ese metafísico hueco al que preliminarmente habían brincado aquella mujer y su hija. Ya no esperaba espejos milagrosos que regresaran el tiempo hasta un instante alegre en mi inhumana existencia. Este inopinado final era tan triste que, de a poco, sin detenerse un solo segundo, borraba cualquier felicidad previa.

La luz deviene en oscuridad. La música más bonita cae en el lodo hasta convertirse en gritos de dolor. Los finales felices son exclusivos de otras épocas, están muy distantes de mi realidad. Son decimonónicos, incluso anteriores a ese siglo. Ya no son los días del romanticismo en las artes. La posmodernidad abrió el camino para esas opacas historias psíquicas que te envuelven en remolinos de interminables calamidades.

Amigos lectores, pensé en muchas cuestiones trascendentales mientras echaba un vistazo a esa tumba. La mujer y la niña se esfumaron en su peligroso interior. Sin afanes, sin un reloj en mi muñeca, sin nadie que ruegue por mí en ningún lugar, perdí la noción del tiempo. No sé si estuve allí unos pocos minutos o varias horas. ¡Especulé tantas cosas sin sentido! La gris realidad siempre escapa de la finitud de las palabras. Es buena literatura.

Sonreí. Supuse que a Harold le habría gustado el párrafo que acabo de escribir. Mis amados hijos Felipe y Carlos también me habrían felicitado por esas líneas. Aquí estoy, sigo redactando lo que ven mis ojos, eso que calla mi corazón roto.

Las armas nucleares señalaron el final de cualquier historia, de nuestra cotidianidad. Había muchos peligros amenazando a la humanidad, cierto, pero, solo el poder del átomo se presentaba con la energía para

esbozar este apocalíptico panorama. Y no hicimos caso. Llegamos al punto sin retorno que, por todos los medios, con todos los acentos, desde siempre nos advirtieron.

Vuelve a hacerse de noche. En un abrir y cerrar de ojos esta historia se cubrió de tinieblas. Mis copiosas lágrimas de nuevo caen sobre el papel. No ha habido una noche tan oscura; la niebla jamás fue tan densa. Yo nunca tuve tanto miedo.

Anoto estas turbias palabras como testamento. Desconozco si estoy escribiendo en los renglones correctos. A lo mejor, es lo más posible, no creo que resista una página más en medio de tantos peligros. Tengo hambre, no hay nada para comer. Bebo el agua sabor a tierra que hallé en un oxidado tarro de pintura.

Gracias a la literatura, solo con su poderosa ayuda, puedes vivir nuevos mundos, mejores realidades (eso decía mi esposo). Yo lo escribo aquí con mis últimas fuerzas.

Esto parece un juego macabro. El destino y los dioses se han confabulado alrededor de mi indecible tragedia.

CAPÍTULO XIII
DAME UNA SEÑAL

Anoche soñé muchas cosas. Sí, soñar es casi tan mágico como escribir. El problema es recordar todos los hechos maravillosos que soñamos. Los sueños son ambiguos, abstractos, así suelen ser. Necesitan ser analizados, interpretados.

No, en este momento no me voy a poner en esa intrascendente tarea. Solo deseo resaltar que soñé cosas hermosas. Había unas personas sin rostro; caminaban a través de intermitentes luces de neón. Yo las observaba, mis ojos seguían cada uno de sus movimientos. Eran almas libres. Sin tocarlas, estando a varios metros de distancia, sentí que me abrazaban… y fui muy feliz.

Tienen razón, sé lo que están pensando. No hace falta ningún análisis elaborado para entender ese sueño. Yo estaba soñando con mi familia. Soñé que mi esposo y mis hijos tenían mucha más suerte que yo. Sé que ellos están muertos, tal vez sería mejor si yo también huyera de esta vida. No, no volveré sobre lo mismo. Simplemente es un decir, algo que quise escribirles. Tuve un sueño hermoso; debo regresar a mi realidad.

Matarme no me acercaría a mis seres queridos (supongo). No soy tan optimista para conjeturar que todos los muertos van al mismo sitio. Aunque ya lo he perdido todo, no voy a renunciar a esta partida. Seguiré jugando.

Vuelvo siempre a caminar… tratando de encontrar algo. Debí soñar o imaginar que en la calle estás rodando. Y no es verdad que perdí mi amor, es que no sé muy bien por dónde vas. No puedo resistir esta realidad, dame pronto una señal.

Je, je, je… No todo está mal, estas lágrimas no son de tristeza. Esa canción ha aterrizado de golpe en mi cabeza. Su letra me parece genial. A mi esposo Harold le gustaba muchísimo, podía escucharla durante horas y horas. Quizás es la señal que él me está enviando desde algún lugar.

No es verdad que haya perdido el amor de mi adorada familia. Incluso, sinceramente, creo que este amor ahora es más grande que nunca. No sé muy bien dónde están, simplemente es eso. En el lugar que se encuentren mi esposo y mis hijos me aman. Sus refulgentes almas, desde algún cielo lleno de intermitentes luces de neón han enviado esta canción; yo entendí el mensaje.

Sigo sonriendo mientras redacto estas palabras en mi agenda. No escaparé de este fragmento de felicidad. Ellos me quieren tanto como yo los quiero. Ni siquiera la muerte es más fuerte que este sentimiento.

Ya amaneció, hay luz a mi alrededor. Yo despierto con nuevas expectativas. Aún tengo hambre, muchísima hambre. Podría devorar todas las hamburguesas del mundo, me conformaría solamente con una. Mi estómago sufre fuertes retorcijones, casi consiguen que deje de reír. Aguantando un dolor muy intenso, aunque con el alma henchida de amor, sigo escribiendo.

El agua que tomé la noche anterior no me colaboró demasiado. Por el contrario, ayudó para que me enfermara. Me quitó la sed, pero casi me mata. Debió estar llena de toda clase de parásitos. Yo no pensé en la posibilidad de calentar ese oxidado tarro de pintura. Fue un error gravísimo de mi parte.

Me arrojé como una demente a beber aquel líquido lleno de tierra. Entre párrafo y párrafo ya he ido unas cinco veces al baño. Por supuesto, me refiero a esos escombros que están detrás de mí. Toda

esta destrucción que me rodea es mi casa.

Imagino que ya estoy arrojando fragmentos de mis anémicos intestinos, hace mucho rato que no pruebo un alimento. Tengo hambre y sed, pero estoy muy feliz. A pesar de mis necesidades físicas continúo sonriendo como loca. Toco mi frente, quizás la fiebre tenga mucho que ver en mi inconsecuente estado de ánimo.

Les juró que no he fumado nada extraño, por aquí no hay de esas hierbas. En un par de ocasiones sí me emborraché con mi esposo (muchas veces), y también conocimos el aleatorio poder alucinógeno de otras raras sustancias. Juntos vivimos diversas experiencias psicotrópicas. Claro, los dos éramos más jóvenes. Todavía no teníamos hijos. Cuando ya conformamos una familia, Harold y yo gozamos muchas otras huidas sensoriales. Nos perdíamos entonces en la belleza de un viaje a la montaña, en el interior de alguna de esas novelas desquiciadas que él proponía para nuestra lectura conjunta de los fines de semana.

Esta fiebre ya me está haciendo desvariar. Él era muy cariñoso, muy detallista. Muy inteligente. ¡Quiero tanto a Harold! ¡Viví tantas cosas a su lado! Nuestra vida fue una novela de amor, estuvo llena de fascinantes capítulos.

Y llegaron nuestros hijos, Felipe y Carlos hicieron todo más bello. Las actividades que realizábamos cambiaron, lo hicieron para bien. Cada uno tenía su espacio, su particular campo de acción. Desempeñábamos diferentes tareas; en el trabajo, en el estudio. Ciertamente, cada vez que nos reuníamos la felicidad resplandecía en nuestros rostros. Harold, mis hijos y yo fuimos muy felices.

No, no voy a perder el impulso de este capítulo. Comprendo que ellos me aman tanto como yo los amo. He recibido esa señal musical. Trataré de hallar agua limpia y algo para comer.

CAPÍTULO XIV
BUSCANDO COMIDA

¡Qué difícil tarea! Buscar vida en medio de este fin del mundo. Aquí no hay nada, nada más que tristezas y días grises. En mi corazón hay mil sueños por cumplir; mi estómago está vacío. Amo a mi familia; sé que jamás volverán a estar a mi lado.

Saben, se me ocurrió una nueva idea: caminaré hasta esa pila de escombros que se ve a lo lejos (podría jurar que antes no estaba ahí). Parece la mayor altura de toda esta zona, desde allí podré advertir lo que este mundo esconde para mí.

Dejaré de escribir por un momento, quiero concentrarme en el empinado recorrido. No sé si mis piernas aguanten tanto, pero lo intentaré.

Listo, estoy de vuelta. Ustedes observan una línea después de otra, un párrafo nuevo que aparece en el papel, pero la cosa no es tan sencilla para mí. He caminado unos treinta minutos por este cementerio, apenas ahora estoy frente a la maloliente falda de esa montaña.

Decidí sacar otra vez mi agenda. Imagino que eso es lo que debo hacer: registrar los acontecimientos con el mayor detalle posible. Las evidencias sugieren que nadie leerá lo que ahora escribo; sin embargo, en contra de mí misma, no puedo dejar de redactar. Es eso, como si una fuerza superior me impulsara a hacerlo. Quizás se trata de algo similar a lo que muchos llaman “inspiración”.

Le escribes al silencio, a lo indeterminado. Le escribes a todo el mundo, a este mundo que ya no es nada. Le escribo a la vida y a la muerte. Le escribo a mis abatidas palabras; también hablan mis

silencios.

Mientras caminaba hacia este oscuro lugar, sentí nuevamente que alguien me observaba. Había muchos ojos sobre mí. Y ya sé que ese no es un buen indicio. Contradictorio, pero cierto, dadas las actuales particularidades de mi historia, es preferible estar sola.

No, no quiero ver más demonios. No necesito la compañía de ningún monstruo. Con la soledad de este mundo, en compañía de cada una de mis tristezas, la historia de terror está completa.

Lo que he visto en los últimos días no tiene nombre, corrobora mis otrora forasteras percepciones. Ya no opino desde afuera. Creo en los espíritus, en ese aliento especial que todos llevamos dentro. Sí, debe existir una energía más fuerte, algo más alto y brillante que nuestra básica corporeidad (y su correspondiente lado tenebroso). En algún lugar, alguna vez, tiene que estar oculto eso que nunca quisimos descubrir, aquello que siempre deseamos tener.

En mi agenda, en las maltratadas hojas en las que comparto con ustedes mis ideas, aparecieron, otra vez, unas líneas que yo no había escrito. No eran frases de mi autoría. Se trataba de un hermoso poema de Bécquer, de su Rima X. Se las recuerdo:

Los invisibles átomos del aire
en derredor palpitan y se inflaman;
el cielo se deshace en rayos de oro;
la tierra se estremece alborozada.
Oigo flotando en olas de armonías,
rumor de besos y batir de alas;
mis párpados se cierran… ¿Qué sucede?
¿Dime? ¡Silencio! ¡Es el amor que pasa!

Sentí una musicalidad especial en el ambiente, experimenté ese poema mientras caminaba hacia aquí. Sí, pero yo no lo escribí en mi agenda. Fue alguien más.

Creo que no lo he dicho, no lo he escrito aquí: Bécquer era uno de los poetas favoritos de mi esposo. A él le gustaban muchos libros, diferentes autores. Pocos lo conmovían tanto como este poeta español.

Encontrarme con Adolfo Bécquer, con esa rima en particular, era entender que Harold me estaba hablando. Él u otro ser que intentaba usurpar el lugar de mi esposo en mis recuerdos, en mi corazón.

Se encendieron todas las alarmas en mi cerebro, conocía muy bien esa linda rima. Harold me recitó aquellas líneas cientos de veces. Yo hice miles de elucubraciones, esperaba lo peor. No había motivos para conservar el optimismo.

Era muy misterioso que, de repente, sin que yo recordara haber movido mi muñeca, apareciera en la agenda ese poema tan especial para mi matrimonio. Podría ser una trampa.

No hace falta que interpretemos aquel poema. Es un poema de amor. Cada uno de ustedes puede tener su propia lectura, pero es evidente que allí brilla el mayor de todos los sentimientos.

Son admirables palabras que abren un abanico multicolor, es así. No obstante, fundamentalmente, se trata de un precioso poema de amor. Al menos (al parecer) esta vez no me estaban amenazando. Eso ya era una gran ganancia.

Intenté tranquilizarme, dejé de darle vueltas al tipo de letra con que se había escrito la rima. Y guardé mi agenda. Trepé hasta la porción más

elevada de ese montón ininteligible de basuras. Había elementos metálicos y rocas chamuscadas; había mucho plástico y lodo seco.

Casi en la punta de esa improvisada montaña, después de mi difícil ascenso, vi unas bolsas de caucho. Me devolví algunos metros para alcanzarlas. Eran raciones militares, alimentos de algún soldado que el viento y la lluvia, y mi suerte arrastraron hasta allí. En esos paquetes verdes se hallaba el alimento que ya ni siquiera en mis sueños vislumbraba. Por supuesto, comí lo más que pude, como si no hubiese un mañana.

Incluso había unos sobres para purificar el agua, unas pequeñas envolturas destinadas al tratamiento del valioso líquido. En el empaque, en un inglés de letras rojas, se leía el paso a paso que se debía seguir.

Guardé en mi mochila los pocos sobres que no me mastiqué (hace muchas horas no pasaba bocado). Atesoré en el bolsillo con más cremalleras esos benditos sobres para tratar el agua.

Luego de redactar estas felices escenas en mi agenda, regresé a la cima. Con los ánimos renovados, con la barriga llena, seguí escribiendo. No fue el plato más suculento que probé en mi vida, de ninguna forma, pero sí fue el que más esperé.

Todos los alimentos en esos empaques tenían un fuerte sabor a caucho (también esos raros bocadillos). No me importó, pude calmar el hambre. Imagino que esas comidas tendrían un alto contenido de vitaminas. Quise creer eso. Quizás el contenido nutricional de mis bolsas era inversamente proporcional a su buen sabor.

Leí de nuevo aquel poema, pensé que era un regalo del cielo.

En mi agenda, en sus complacientes páginas, volaban mensajes del bien y del mal. Aterrizaban las advertencias y los premios. Pesadillas y hermosos poemas se comunicaban por medio de la literatura que yo estaba escribiendo.

Un místico portal de acceso a las diferentes realidades, el punto de encuentro de todas las ficciones, eso era mi agenda.

CAPÍTULO XV
LETRAS Y PASOS

Lectores fantasmas, déjenme creer eso. También tengo derecho a divagar. Si es que ya lo perdí todo, al menos, creo, aún me asiste esta divina facultad: puedo encontrarme en la inmensidad de estas páginas. Esta agenda es mi única compañera de viaje.

Ella escucha cada palabra que callo; me grita en la cara lo que no soy capaz de pronunciar. Quizás me estoy hundiendo en la locura; sí, es una posibilidad. Escribir es mi derecho; la literatura podría ser mi salvación.

Finalmente, aunque proyecte (con varios días de antelación) hablar de la realidad que me rodea, yo estoy haciendo literatura. Frente a esta extraordinaria nada, no había más escapatorias. La razón no es suficiente; cualquier palabra se quedaría corta para describir este caos. Esto es mucho más que un diario de viaje. Ahora mismo, con mis frases, con los sonidos que el mundo de la ficción susurra a mi oído, compruebo el poder infinito de las letras. No sé qué líneas han sido escritas por mis manos.

Quizás nada de lo que leen en esta agenda me pertenece. Soy la última protagonista de una historia sin fin.

La literatura es magia; la ficción y la realidad son dos caras de la misma moneda. Si todo se ha terminado; si no queda nadie que hable de las cosas, ¿alguna vez existió algo? Esta destrucción absoluta nos devuelve al comienzo.

¿Quién define los límites entre realidad e imaginación? ¿Quién podría decirme que no estoy soñando?

Me veo a mí misma frente a esta agenda. Observo mis manos cincelando las formas de las letras. Quisiera creer que soy yo, también desearía que otro fuera el autor de esta pesadilla.

Los fortísimos vientos propiciaron la formación de esta pila de escombros (tuvo que ser así). Desde la cima alcancé a divisar mi próximo destino.

Hay otros extraños montículos, varios kilómetros más adelante, hacia el noroccidente. Caminaré en esa dirección.

Me pareció que algo se movía en aquellos amorfos montones de basura. Podría tratarse de una rata; también podría ser un humano con dudas existenciales similares a las mías.

Quizás allí viva otra escritora, una mujer de ojos grandes que imagina ser la última sobreviviente de esta tragedia nuclear.

Podría no ser nada. Ese viento loco y mis delirantes temores suelen confabularse.

Volveré a escribirles tan pronto pueda.

CAPÍTULO XVI
MEMORIA

La memoria es el insumo cardinal de la historia. Esta última no sería nada sin alguien que recuerde los acontecimientos; no hay historias sin testigos. No existe lo que nadie ve. Y no todos los puntos de vista valen lo mismo.

La costumbre fue afirmar que, en cualquier latitud, en todo momento, la historia era escrita por los vencedores. Así se entendió hasta hace muy poco tiempo. La realidad se plegaba a los intereses del bando triunfador. Conocíamos una única versión de los hechos; las otras voces se terminaban perdiendo en el olvido.

Recordamos, de forma especial, eso que nos marca el alma. Hablo de los días más tristes; y de esos instantes que son pura felicidad. Recordamos desde nuestras particulares perspectivas. Así entonces, la historia, eso que consideramos real, irrefutable, no es más que una novela. Es nuestra propia versión de los hechos, solo algunas veces estamos dispuestos a escribirla. La firmamos con lágrimas y con sonrisas.

Escribimos de acuerdo con nuestros intereses; trazamos esas líneas en el papel mientras sopesamos nuestras pretensiones.

Quise aclarar esto antes de continuar. Lo leí en algunos libros hace varios años, pero, apenas lo estoy corroborando en estos minutos de extremas afugias.

Si es que alguna vez esta agenda llega a otras manos, a otros ojos encantados con el suspenso; si es que alguien me está leyendo, creyendo que así será, tengo la obligación de resaltar que esta novela

responde fidedignamente a las circunstancias que mis sentidos percibieron (eso fue lo que intenté). Sí, sin embargo, sé muy bien que las palabras jamás renunciarán a ser literatura. No ambiciono beneficios que no me conciernen, confío en la interpretación espontánea que ustedes hagan de mis letras.

Además, en esta historia no advierto la presencia de ningún vencedor. Todo ha sido destruido. Si te encuentras con estas páginas, debes saber que fueron escritas en la soledad de la nada, en la oscuridad de la noche más tenebrosa. La derrota definitiva ha sido consumada. Ningún interés mezquino salta a la vista.

Mis palabras son sinceras, ellas son lo único que tengo. Quiero pensar que estoy diciendo la verdad, esa verdad que tú lees entre líneas. En estas líneas cargadas de literatura.

En mi habitual trabajo, en las investigaciones que adelantaba con población escolar, vi varios casos de muerte repentina. Estudiantes muy jóvenes perdían la vida sin que hubiese alguna explicación médica. También llegaron a mi oficina diferentes historias clínicas de alumnos que enfermaron gravemente, de un día para otro.

¡No entiendo cómo decidí quedarme con mi familia en esta ciudad! Había evidentes peligros. No oí las consideraciones de mi esposo.

La primera gran bomba (estimo que fueron varias detonaciones nucleares) cayó sobre las instalaciones científicas de mi país, a las afueras de la ciudad. Debió ser por esa zona, sobre el gigantesco Departamento de Ciencia y Tecnología. Al parecer, como Harold lo infería, en esa construcción se adelantaban extraños experimentos militares.

¡La realidad siempre supera a la ficción… son dos caras de la misma

moneda!

Yo no le hice caso a mi esposo, y él decidió confiar ciegamente en mí. Aquellas enigmáticas exploraciones científicas resultaron ser tan intrincadas y peligrosas como para merecer que alguno de nuestros enemigos nos arrojara una bomba nuclear encima.

Ese fue el primer objetivo. Sí, por destruir esos laboratorios acabaron con toda la ciudad. Y los consecuentes ataques y contraataques terminaron con la humanidad entera.

Siento la necesidad de brindarles cualquier información que pudiera ser importante para sus posteriores análisis personales. Si alguien me lee, que conozca el mayor número posible de circunstancias. Las eventuales interpretaciones dependerán de cada uno de ustedes.

Sí, la realidad supera a la ficción. El fin del mundo se convirtió en una verdad. El fuego abrazó toda la superficie de la Tierra.

¿Qué ensayos científicos extravagantes tendrían lugar en esos laboratorios? ¿Habría relaciones entre los estudiantes muertos y aquellas instalaciones? ¿Qué gobiernos estarían detrás de todo esto?

Son muchas preguntas sin respuestas. Alguien tenía que volver sobre aquellos interrogantes. Tal vez son incógnitas que ya no interesan. Si no hay nadie más, si yo soy la última superviviente, no debería estar escribiendo en este instante.

Me pareció que algo se movía en estos amorfos montones de basura. Desde la distancia pensé que podría ser una horrible rata. Ahora, estando a menos de diez metros de ese monstruo, tengo claro que no se trataba de un roedor.



Esta historia del fin del mundo me sigue dando sorpresas.

CAPÍTULO XVII
BASTET

Es un gato, un felino de acero que camina en los huesos. Aún no entiendo cómo ese animalito sigue con vida. Debería estar muerto, como todo por aquí.

Ella (pienso que es una hembra) no tiene más opciones, y yo tampoco. Creo que, al menos por hoy, nos haremos compañía. Bastet (así le puse) tenía más hambre que yo. Ni siquiera hay ratas para cenar.

Le obsequié uno de mis sobres verdes, compartí con ella todas mis reservas. La gata devoró el contenido de aquellos plásticos. Ella y yo bebimos el agua del mismo frasco. No sé si el fango fue suficientemente filtrado. Yo intenté seguir las instrucciones del envoltorio, lo hice al pie de la letra.

Sin sed; sin hambre; ahora con una compañía tangible, de carne y bastante hueso (mucho más hueso que carne), las cosas parecían mejorar.

Bastet relamió mi rostro como si yo fuese la última persona del planeta. Yo correspondí al desinteresado gesto, le brindé un abrazó lleno de sinceridad.

Aquí, en esta página, quiero hacer un breve paréntesis en mi escritura. Si es que alguien lee esto, si es que no soy la última de mi especie, ofrezco disculpas por los reiterados tachones.

Les recuerdo: esto es escritura en vivo y en directo. Describo al instante lo que mis ojos ven, lo que mi corazón siente. A veces, muchas veces, cambio unas palabras por otras. Borrar con disimulo no

siempre es una opción válida. No… en ocasiones prefiero la firmeza de un buen tachado, escribo líneas en todas direcciones para ocultar aquellas palabras que decidí cambiar. Tenían que cambiarse.

Como ocurrió con el encabezado del presente capítulo, es un ejemplo perfecto. Yo había escrito otra cosa, pero ese gatico ya tiene nombre. El enunciado de esta sección del libro también tenía que ser modificado. Y debía hacerlo yo, antes de que alguien más se encargara del trabajo.

Mi amiga felina camina conmigo desde hace varios kilómetros. En terreno plano, decidimos seguir el horizonte. No vamos a ningún lugar, pero ya no vamos solas.

La pequeña Bastet es una gata de color blanco (aunque está muy sucia). Espero no haberme equivocado al confiar en ella.

Ojalá que no se transforme en algún demonio cuando llegue la noche. Entre cada paso que doy, mientras me mira (tiene unos hermosos ojos dorados), pienso en todas las posibilidades.

La adopté, le di una oportunidad; deseo que sea mi amiga. Es una gata muy bonita, pero nunca se sabe. Mejor será que no me entregue por completo a la felicidad que me sugiere el hallazgo de esta nueva amistad.

Con mucha cautela, sin exteriorizar mis sentimientos, continúo escribiendo. Entre paso y paso, en medio de los más disímiles pensamientos, no dejo de escribir.

CAPÍTULO XVIII
SIN MUERTE

Nada, cuando ya no importa nada, y a pesar de todo, una pequeña llama sigue ardiendo en tu interior. No es la valentía lo que te impulsa a seguir hacia adelante. Nadie te está viendo; no mereces ninguna medalla por tu arrojo.

Es mucho más que aquel incorpóreo y ensalzado instinto de supervivencia, ¿para qué sobrevivir aquí? Debo hallar un buen motivo, uno que aún no encuentro. Nunca creí en Dios, pero necesito que exista. Solo un milagro suyo podría salvarme.

Estas palabras son mi religión, todas mis plegarias. Quisiera que mi familia estuviera en algún lugar; con todas mis fuerzas caminaría hacia allí. Viva o muerta, incluso si el corazón en mi pecho no latiera, yo los encontraría.

Esta interminable niebla cubre cada una de mis expectativas; ni siquiera mis sueños escapan de ese gris intenso. Camino por ellos, por mis seres amados; sé que la muerte me los arrebató. Camino sin esperanzas en el horizonte, sin un horizonte, sin pasos; espero que la nada se convierta en algo.

¿Por qué soy la única? ¿Por qué esta destrucción absoluta fue benevolente conmigo? ¿Para qué continuar? ¿Qué me espera si no continúo? ¿Por qué estoy pensando en todas estas cosas?

Ojalá que alguien me esté leyendo. Tú, valiente soldado que ha sobrevivido a esta inevitable guerra nuclear; tú, mujer de ojos claros que lloras mientras adviertes que ya no hay nada, escribo para ti. No importa tu nombre, le escribo a cualquiera que esté vivo. Escribo desde el infierno de la muerte. Debes saber que mis palabras fueron

hechas con sangre, cuando ya no había más lágrimas en mí.

Bastet me mira mientras les escribo estas palabras, ella también tiene miedo, muchísimo miedo. Supongo que los animales son muy parecidos a nosotros. Sus instintos dan cuenta de lo que ocurre a nuestro alrededor. Ella sabe que ya no hay nada, ni siquiera sueños.

Intento escudriñar en sus ojos tristes, ¡su tristeza es tan grande! No quiero que ninguna señal se escape; tal vez esa gatica puede decirme algo. Me habla con sus silencios, con sus miedos, con sus huesos. Sí, yo la escucho desde mis sospechas.

Todos hemos vivido momentos difíciles, verdaderas tragedias. La muerte siempre se yergue como una posibilidad inevitable; los problemas están en el orden del día, de todos los días. Eso es irrefutable, la existencia humana, nuestra cotidianidad, suele tener infinidad de momentos tristes. Pero, normalmente, entre líneas, en los libros que leemos y en la realidad que transitamos, había esperanzas.

Saben, aquí no se vislumbra ningún cielo. No, aquí no. En este lugar sin nombre la muerte es la última frontera. No hay nada. Absolutamente nada.

Los vestigios de esta desalmada guerra son simples apariencias, tristes entelequias que reseño con mis palabras. ¿Podrá ser eso? Mis dudas se acrecientan. Y ese maldito gato no me colabora en nada.

Ya le di todo el alimento que me quedaba; Bastet calmó su sed con mis últimas provisiones. Ella me escolta; me mira, pero mis problemas siguen ahí. Su compañía no es más fuerte que mi soledad.

Bastet es un gato común; nada que ver con la deidad egipcia.

Agito mi cabeza en todas direcciones; cierro los ojos utilizando cada músculo de mi rostro, pero sigo aquí. Esa técnica de los grandes clásicos del suspenso parece no funcionar cuando escribo en mi agenda.

Mis pies están cubiertos por la neblina, roza mis tobillos el frío más intenso. Esta tétrica escena se ha convertido en un helado cementerio. Me puse de pie, escribo en esta posición para huir de la muerte.

Bastet debió olfatear mi desconfianza; tal vez no se fue por voluntad propia. Desapareció de mi vista. La neblina se la tragó de un bocado. Todos los promontorios cayeron al nivel del suelo, a la altura de mis pasos. Estoy en medio de una eterna planicie. El gris es el color predominante. De repente, el día y la noche se han fusionado.

El agónico cielo y el equívoco horizonte también han cobrado una tonalidad similar. Ahora sí que les estoy hablando de una pesadilla. Nada, absolutamente nada queda a mi alrededor.

Mi mandíbula tirita por el frío, mis dientes crujen de miedo.

Sigo escribiendo estas frases desgarradas, no tengo el control necesario para escapar de mis palabras. Así se siente el miedo. Soy la protagonista de mi propia historia de terror.

Sin nada que perder, descubro que sí era posible caer en unas páginas más negras, más profundas. Ya no hace falta ningún monstruo; las brujas se han perdido en la gigantez de otros cuentos. En otras novelas habitan esos seres fantasmales que otrora me asustaban tanto.

La nada, la brutal nada es incomparable. ¡Esta nada me hace pensar tantas cosas! ¡Es tan triste! No parece el resultado de un enfrentamiento nuclear. Esas bombas explotaron, mataron a mi

familia, pero no explican estas últimas páginas grisáceas que están congelando mis tobillos.

Esta devastación que escarcha mi cabello; este frío descomunal que apareció de repente para borrar todo lo demás; esa niebla mortuoria (parece humo de cigarrillo) que se replica con cada azaroso segundo que pasa, son características de algo mucho más grave.

Lo escribiré, a continuación, registraré esas negras palabras que no quiero aceptar. Esas mismas palabras que dan tanto miedo.

Algunos capítulos atrás empecé a sospechar. Traté de evadir el tema. Pero tengo que ser fuerte; debo recordar que, para mí, ya todo está perdido. Esa será la motivación que me impulse. La verdad, por dura que parezca, debe ser revelada.

Creo que yo también estoy muerta. Sí, estas palabras que ahora leen han sido escritas por una persona que ya no pertenece al mundo de los vivos.

CAPÍTULO XIX
UNA VOZ SECA

Ese gato ha desaparecido, ya no está por ahí. Supongo que, de alguna manera, también se trató de una rara invención de mi agotado cerebro. Seguimos funcionando después de muertos: esa sería mi gran conclusión. Pero nadie me escucha; imagino que continúo escribiendo, pero nadie me lee.

Puedo decir que la muerte es hielo, congela hasta el último de tus sueños. Es el mar de todas tus tristezas, un lugar sin fondo. La muerte debe ser muy similar a este desconcierto que me rodea, es un universo vacío. Aquí todas las cosas huelen a nada. Lloras por tus recuerdos más tristes, quizás nunca existieron. Con cada paso que das, mientras crees que caminas hacia algún destino, la realidad va perdiendo su color. Este mundo es gris, es soledad.

Bueno, amigos, misteriosas personas que prefieren renunciar a un nombre, quizás me estoy refiriendo al popular infierno. No sé cómo caí en este agujero. No creo que haya sido tan mala cuando mi corazón latía. No, yo no merecía esto.

Es muy cierto, las cosas jamás han sido justas. Pero podrían ser diferentes. No era necesario que el infinito poder de las letras me permitiese revivir cada una de mis penas.

Me interesaba la lectura; de vez en cuando, sobre todo en las noches, también escribía. No era una literata, yo no pretendía serlo. Entonces, ¿por qué tengo esta maldita agenda en mis manos? ¿Qué fuerza extraña ha permitido que el dolor de mi muerte se transforme en palabras?

¿Con qué propósito escribo?

¡Eso es! No puedo existir en la nada. El ardiente infierno jamás me permitiría hacer estas cavilaciones. Debo estar en un punto intermedio, entre la vida y la muerte. Sí, definitivamente, este atroz frío tiene que ser otra cosa.

Mi cabeza me está jugando una mala pasada, se trata de un simple sueño, de la peor de mis pesadillas. Esa opción me encantaría. Podría despertar, despertaría en algún momento, y mi familia estaría viva. Las armas nucleares no habrían hecho explosión. Yo despertaría con esta gran novela en mi cabeza.

¡Un libro escrito entre sueños! Rápidamente se convertiría en un éxito en ventas. Ganaría mucho dinero; sería merecedora de todos los galardones habidos y por haber. Asistiría a múltiples presentaciones alrededor del planeta. Mi esposo y mis hijos estarían muy orgullosos. Estarían vivos.

Pero sigo aquí, todavía no despierto de esta elaborada pesadilla. No se trata de un sueño, ya intenté pellizcarme la cara en una decena de ocasiones; cerré y abrí los ojos con mucha fuerza, como debe hacerse en estos casos extremos. Incluso, tropecé intencionalmente con la misma piedra (no busco algún giro retórico con esas últimas palabras).

El dolor que advertí en mi cuerpo, a lo largo de estas páginas, este perdurable dolor que ahora mismo atraviesa mis huesos fue proporcional al miedo que tenía en cada instante de esta historia.

Sé que no estoy dormida; quisiera no estar despierta. No tengo tiempo para buscarle explicaciones a cada adefesio que he visto en este libro. Los colores, las formas que cobran estas cosas, seguramente tienen una defensa lógica, una que no me libera.

Debe existir una justificación para este repentino amor por las letras (a mi esposo Harold le habría gustado bastante esa frase tan sugerente).

Mis hijos Felipe y Carlos estarían dichosos con la publicación de este misterioso diario de viaje, de este melancólico éxodo al más allá. Puedo imaginarlos, están muy felices. Caminan en el jardín contiguo a ese fenomenal escenario… ¡sus sonrisas son tan lindas!

Estrecho sus manos, sus pequeñas y cálidas manos, y despierto. Y sigo aquí, solo un incondicional lápiz y un papel amarillento me acompañan. Cada párrafo de esta fantasía es más real que el anterior. La tristeza se torna abrumadora, brutalmente cierta.

Camino hacia el frente, no podría retroceder. Mi cerebro labró ese hermoso edificio. Sonrío, como sonreirían mis hijos; doy dos o tres pasos más. Se trata de una especie de palacio griego. Aquellas esbeltas columnas estilo dórico, ese olor a sangre de héroe y las lágrimas de devastación en mis ojos, me sugieren la milenaria antigüedad de esta nueva maquinación. Yo escribo, alguien habla por mí.

Esperando cualquier cosa, después de hacer una fugaz pausa para secar mis lágrimas y escribir, camino hacia el frente. El tiempo nunca fue tan breve; algo de fe volvió a nacer en mí. Quise aferrarme a cualquier causa perdida.

El incoherente cielo implosionó en un grave color negro, atrás había quedado aquel gris que tanto me desesperaba. La neblina, lo que sobrevivía de ella, también escapó de la escena. La gran noche había llegado sin ser invitada.

Analizar no me permitiría entender nada. Estrujé la razón entre mis

manos; intenté pensar en el silencio perfecto de las cosas; le entregué mis pasos al poder indisoluble de la inercia.

Afuera, del otro lado de esas columnas, la oscuridad dominaba a su antojo; en el interior de aquel palacio griego la luz se había hecho. Intuyo que, así, sin tantos miramientos, en un febril intento por escapar del orden natural de las cosas, mi cabeza recreaba una esperanza. Una loca ilusión recolectaba formas tangibles frente a mis ojos.

Y fui feliz por unas milésimas de segundo.

Aquel solemne templo lucía unos arrogantes treinta metros de altura. Esa fue la percepción que tuve cuando me hallé en su interior. Debía pertenecerle a algún dios del Olimpo.

Las formidables luces, esas llamas que no brotaban de ninguna fuente determinada, configuraron un celestial panorama (eso creí). El exclusivo paisaje me abrumó, me dio un fuerte abrazo que sentí en todo el cuerpo.

Cada una de mis suaves pisadas retumbaba en lo más íntimo de mis oídos. Empecé a jugar con aquellos sonidos, creo que le di cuerpo a un par de temas musicales. Luego, con la mirada fija en esa enorme mesa de mármol que estaba en el fondo, con sumo cuidado proseguí con mi recorrido. Ambicionaba unos minutos de tranquilidad, que nadie se enojara conmigo.

Era muy extraña esa construcción, rarísimo se me antojó que semejante hazaña de la arquitectura clásica griega apareciera en mi escrito, en un santiamén. Por supuesto, seguí tomando nota. Quizás yo estaba muerta, esa era una fehaciente posibilidad. En definitiva, la cordura ya no habitaba en mí. Buscaba vericuetos mentales para huir

de mi tragedia.

Pero no despertaba. No, no estaba teniendo un mal sueño. Mis exacerbados sentidos me hablaban de un mundo de confusión. Me encontraba allí, en medio de ese templo antiguo. Mis ojos podían verlo, mis manos podían palpar la exactitud con que fueron cinceladas sus columnas.

Alguien, con una voz seca, pronunció el nombre de mi esposo. Yo lo escuché perfectamente.

CAPÍTULO XX
LITERATURA Y REALIDAD

Yo quise perseguir aquella voz rota. Caminé hacia el oscuro sonido. De repente, me sentí en un poético laberinto borgeano. Sin escapatoria, en un estado suspendido entre la realidad y la ficción.

Supuse, imaginé que, la persona que llamaba a mi esposo tenía algún tipo de máscara en su rostro. Esa sería la explicación para aquel choque sonoro. La voz del sujeto daba golpes contra el metal que lo protegía de un entorno contaminado.

Para poder respirar, para continuar con vida, él debía emplear esa careta de colores azul rey y ocre intenso. En mi mente su imagen empezó a cobrar credibilidad. Sin embargo, mis ojos no lo veían. Esa voz iba y venía en cualquier dirección. Se lanzaba contra las columnas para rebotar sin pausa.

El palacio se hacía más y más grande; la voz de aquel sujeto sonaba aquí y allá. Yo caminaba hacia el frente, intenté hacerlo, realmente creo que lo hice, pero no avanzaba.

Estaba soñando en el helénico interior de otro sueño. Soñaba que aún faltaban muchas horas para despertar de aquel mundo clásico. Sí, sé que suena bastante exótico, yo también lo pensé antes de escribirlo.

Sentí la esencia de mi esposo Harold. Esta fantasía griega bien podría ser un sueño suyo. Yo vivía en su sueño. Él no estaba a salvo, yo intentaría ayudarlo.

¿Por qué escuchaba su nombre? ¿Quién sería el enmascarado que lo llamaba? Empecé a correr muy, muy rápido. No lograba escapar,

tampoco hallaba el origen de esa voz. Mi agenda se llenaba de palabras a una velocidad mágica. Lo que pensaba, lo que no decía, todo quedaba consignado en el papel.

Apenas si movía mi mano derecha para limitar algunas letras. Un brevísimo movimiento de mi lápiz bastaba para completar páginas enteras. El tiempo frenó su curso en aquellos segundos arquetípicos. Todo podría ser, allí donde nada era. Corría para no dirigirme a ningún lugar; escribía sin hacer el más mínimo esfuerzo. Las palabras volaban a su antojo, fluían de mi boca cerrada y se adormecían en las páginas de esta gastada agenda.

A Harold le encantaban los cuentos de Borges. Los había leído todos. “Ficciones” siempre estaba por ahí, vigilando nuestra realidad. En mi casa era como una biblia.

Por supuesto, el espejo era otro elemento propio de la obra del colosal escritor argentino. Mi amado esposo había direccionado mi actual escritura, ¿cómo tal cosa habría sido posible?

Recordé algunos capítulos anteriores, unos capítulos muy bien logrados. Fueron secciones repletas de verosimilitud. Ja, ja, ja, es solo un comentario. No trato de ser odiosa. Disculpen este súbito mal humor que ya ha quedado registrado en la agenda.

En aquellos pavorosos párrafos en los que hablé de cifrados espejos que comunicaban múltiples universos, se evidenciaban las preferencias literarias de mi esposo. Sus autores preferidos, los libros que más le gustaban, declamaron por medio de mi lápiz. En mi frágil diario había espejos, laberintos, alusiones puntuales al antiguo mundo griego, esos eran signos claros de Borges. Además, algunas páginas atrás, en esta misma agenda, apareció un poema del admirable Gustavo Adolfo Bécquer (otro de los autores predilectos de mi Harold).

No, no era una simple casualidad. Distintas ideas de Harold se habían incrustado en mi agenda. Vagaban por allí, entre línea y línea.

“¡Tranquila! ¡No estás sola!”, eso me expresó la mujer de largos y filosos dientes color beige. Ahora, en mitad de este laberinto de posibilidades, mientras mis apurados pies y mi fatigado cerebro no encuentran salida, advierto, cada vez más, que mi esposo ha intentado ayudarme.

La engreída realidad y la locuaz ficción, juntas, con el mismo hilo de seda, tejieron esta original obra.

Los límites entre esos dos universos han desaparecido. Escribo en una agenda arrugada; con el favor de un feroz lápiz anoto palabras desde el fin del mundo. Trato de sobrevivir, sobrevivo gracias a las letras.

Desde algún lugar (quizás se trate del cielo) mi esposo quiere ayudarme. Sé que él y mis hijos están muertos. Harold ha sido capaz de encontrar una pequeña rendija en las leyes de la física, me brinda su afecto y su guía por medio de la literatura.

Mi cabeza, torturada por la tragedia, al borde de la locura, pone palabras de mi amado Harold en las bocas furtivas de estas figuras de ficción que aquí han cobrado vida. Sí, mis miedos y mis esperanzas escriben literatura.

El amor incondicional que me une a mi esposo, este amor con el que escribo las palabras que en este instante tú lees, es más fuerte que el tiempo, incluso venció a la muerte.

Harold quiere ayudarme, lo hace por medio de las letras. Él también está escribiendo el desarrollo de esta novela de terror. Cada palabra

que redacta, los distintos escenarios que imagina, las consecuentes interrelaciones que se suscitan, para bien o para mal son veraces en mi realidad.

Es mi amado Harold, son sus miedos. Mi esposo me extraña tanto como yo a él. Está escribiendo, su escritura impregna mi maltrecha agenda con fervorosos rayos de ingenio. Claro que desea salvarme, él escribe para salvarme. Quiere que estemos juntos. Mis miedos, a la muerte, a la soledad, a lo desconocido, estos miedos que mi esposo y yo compartimos, ahora que estamos lejos, se convirtieron en fieros fantasmas. Son realidad.

Como en un magistral cuento de Jorge Luis Borges, así marcha esta historia de horror. A diferencia de lo que tradicionalmente nos han enseñado, el mal y el bien se encuentran en igualdad de condiciones para combatir.

La batalla debe darse, nadie lo puede impedir. No podemos evitarla simplemente acudiendo a lugares estereotipados y a frases comunes. Cada detalle importa; aquí los finales felices no son una prioridad, no están garantizados.

Lo ilusorio puede terminar teniendo tanta fuerza como eso que en principio se consideraba real. Las ficciones se yerguen como nuevas realidades, como múltiples realidades.

Somos reflejos imperfectos que no queríamos ver.

Una reconstrucción ficticia de la ficción, unos personajes que se observan a sí mismos. Contextos que empiezan a dudar de su presencia tangible. Límites corpóreos que desaparecen para darle rienda suelta a la imaginación más sincera. Finalmente, eso es lo que hace un buen escritor, eso está llamado a realizar: nuevas realidades.

La ficcionalización de los elementos que consideramos reales le ha dado un rostro a la literatura. Ahora, mientras miramos de frente esos ojos negros, nos topamos con nosotros mismos.

La auténtica literatura es un medio imprescindible para explicar la realidad. No contenta con ella, en lo que es una clara muestra de su intrínseco orgullo, se propuso crear otras verdades.

Son laberintos contiguos, dos caras de una misma moneda. Así es la vida, así también se comporta la ficción.

CAPÍTULO XXI
EL TEMPLO DE LAS PALABRAS SIN NOMBRE

Valerie es mi nombre, amo a Harold con todas mis fuerzas. Felipe y Carlos completaban este amor infinito. Sin ellos, sin sus besos, sin su incondicional cariño, ya no hay nada para mí.

Sé que les estoy escribiendo en este instante, en esta libreta; entiendo que debo hacerlo; sí, pero aún no identifico el motivo exacto de este repentino interés literario. Supongo que debe haber alguna explicación lógica.

Tal vez mi esposo Harold hable por mí, quizás estas sean sus letras. Desearía que así fuera. Quisiera estar muerta y que mis hijos y mi esposo vivieran. Daría cualquier cosa para que ellos estuvieran a salvo. Por supuesto, incluso, sin dudarlo, mi vida misma ofrendaría en aras de su bienestar.

—¡Harold! ¡Harold! —esa voz encapsulada, esa voz que yo imaginaba encarcelada en esa careta de colores azul rey y ocre intenso, ahora con mucha más fuerza, llamaba de nuevo a mi esposo.

Sentí que estaba a mi lado. Giré a mi derecha, pero no había nada. Esperando toparme cara a cara con el emisor de aquellas palabras, tomé la decisión de voltear hacia el costado izquierdo. Tuve mucho miedo, creí que sería como en las películas de terror. Ese ser maligno, en todo caso, misterioso, me estaría aguardando. Él habría anticipado mis nerviosos movimientos, me devoraría con sus gigantes dientes.

No, esta vez no fue así. Esta historia prefirió una continuación menos predecible. Harold habría ideado algo mucho mejor, un desarrollo más sorpresivo. Volví a pensar en mi esposo cuando observé en el piso la

careta de colores azul rey y ocre intenso que mi hijo Carlos solía usar cuando era muy pequeño.

Claro, eso fue lo que yo había imaginado. Mi hijo jugaba a ser médico. Harold le compró aquel kit de cirujano. La mayoría de las piezas se perdieron rápidamente, pero esa mascarilla plástica siempre solía estar por ahí. En la mesa del comedor, en la sala, en el cuarto de Carlos. Mi pequeño hijo fantaseaba con salvar muchas vidas. Decía que ese cacharro le daba poderes capaces de vencer a la muerte.

Seguramente, era así para él. Mi adorado hijo consideraba que ese juguete ostentaba una fenomenal aleación de metales. Esos elementos, provenientes de planetas muy distantes, de otros sistemas solares, le daban aquellos colores tan particulares.

Cuando mi Carlos hablaba con esa máscara puesta, su apacible voz parecía la de un astronauta medicalizado. Era, como yo le decía: “mi salvador espacial”.

Esa era la “explicación lógica” que andaba buscando. Bueno, una parte de ella. Yo imaginaba esa voz de esperanza porque, en algún lugar de mi subconsciente, esperando salir, andaban esos felices recuerdos de mi familia.

Creía que mi hijo convocaba a mi esposo Harold, que juntos intentaban rescatarme. En ese punto, el asunto fue como en los sueños, bajo sus flexibles reglas. El cerebro humano hace de las suyas, maquina sorprendentes historias que conjugan realidad y fantasía, expectativas y miedos.

Levanté aquel juguete de mi hijo Carlos, mientras tomé en mis manos esa careta de colores azul rey y ocre intenso, sucedió.

Así debió estar escrito. Identificaba el característico estilo de mi esposo. Siempre innovador, creativo, sorprendente.

—Malditos, si es que aprecian en algo sus almas, dejen hasta aquí esta historia. No lean más. De avanzar, si es que tan solo pasan una página después de la presente advertencia, todos ustedes estarán condenados al peor de los martirios. Ya les llegará su hora; sean pacientes. Ja, ja, ja. Esta novela de terror no les pertenece. Dejen que la protagonista perezca al igual que el resto de la humanidad de esta dimensión. Si así lo prefieren, consideren este mensaje como una epifanía infernal. No quiero que esto se convierta en literatura. Al principio, me pareció algo curioso, pero ya me harté. Valerie debe dejar de escribir. Ella está interfiriendo en nuestros planes —escribió un amigo en la agenda de la simpática y entrometida psicóloga.

Jamás esperé que, sin alguna advertencia, ese aterrador mensaje surgiera de nuevo en las páginas de mi raspada agenda. Tan pronto solté esa careta espacial, escribí la anterior escena. Y vi que apareció el mismo diálogo de unos capítulos atrás. Ese que yo no recuerdo, ese que nunca escribí. Fue horripilante. Sentí tanto miedo como el que ahora todos ustedes están sintiendo.

En las finas columnas de aquel templo griego que me acogía en sus laberínticas formas, también asomaron otros textos, pasajes de alguna historia de terror que yo no deseaba.

Había palabras que perseguían a los miembros de mi familia; los nombres de mis hijos y de mi esposo sangraban por cada una de sus letras. Era una guerra literaria. Lo que yo más quería se enfrentaba a toda clase de miedos. No veía monstruos, no era necesaria una forma corpórea. Solo había significantes.

Las palabras eran todopoderosas, no requerían imágenes que les correspondieran. Las letras de intensa sangre se presentaban colmadas

de sentido; ellas habitaban por encima de cualquier interpretación. Eran el miedo absoluto, el nivel más alto de desolación.

Las letras se habían salido de control, eso quedaba plenamente confirmado. Tenían vida propia, se entrelazaban a su antojo. Renegaban de cualquier autor. Yo no las escribí; opino que tampoco fue obra de mi querido esposo. Era un movimiento de insurrección. La fantasía tratando de erguirse como realidad. De este combate cualquier cosa podría resultar.

Ese universo de palabras creció y creció. Yo las miraba brincar de columna en columna; mientras tanto protegía esta agenda. Yo apretaba estas páginas usadas, las cuidaba con todas mis fuerzas, como si fuese mi última oportunidad.

No, no iba a permitir que interfirieran en mi historia. Ninguna fantasía me iba a distanciar del dolor de mi tragedia.

CAPÍTULO XXII
UN INEFABLE AVIONCITO DE PAPEL

Sujeté mi agenda con todas las fuerzas de todos los mundos, y el torbellino de ideas se detuvo. Justo antes del desastre final, ese terremoto de palabras se contuvo.

La voz que llamaba a mi esposo, después de aquellos segundos eternos de literaria agitación, ya no se escuchó más. Y la careta de cirujano, ese juguete de colores tan extraños, así como vino se esfumó. Se fue mágicamente, se fue dando febriles brincos entre dimensiones, con la misma irreverencia con que se había presentado en mi historia.

El templo griego, este laberinto de elevadas columnas, titilaba entre la entelequia y lo tangible, entre mis sueños y la realidad de estas páginas. Cuando la escena se solidificó, aprovechando un irrepetible santiamén de organización lingüística, después de haber anotado algunas cosas en esta agenda, pude correr a toda prisa hacia el frente.

La autoría de esta novela regresaba a mis manos, yo la abracé.

Corrí unos diez metros, entonces me detuve para tranquilizar mi respiración. Entendí que no podría correr hacia el infinito sin hacer algunas pausas. Esa fue la distancia que yo elegí. Cada diez metros interrumpí mi veloz vuelo, inhalaba y exhalaba sin afanes. Entre tramo y tramo, también aproveché para pulir las palabras que ahora estás leyendo.

Felipe era el nombre de mi otro hijo. Después de recorrer un par de kilómetros a través de este hermoso templo sin colofón, su rostro vino a mi cabeza. Empecé a pensar en él con mucha más fuerza.

Supe que algo iba a suceder. No sabía si yo lo había redactado, pero esperé que ocurriese. Sería en cualquier momento, esta vez no me sorprendería tanto. Eso creí. Entendí que me había equivocado cuando un avioncito de papel despegó desde el techo del templo.

El aerodinámico papelito revoloteó alrededor de mi cuerpo, de pies a cabeza me examinó. Quería corroborar que sí fuese yo. Nadie me habría reconocido en aquellas circunstancias: llena de tristezas. El alegre avioncito de Felipe supo que era su mamá.

Cerré los ojos… y recordé.

Mi Felipe, cuando era muy pequeño, hace ya varios años, hizo ese avión con papel tornasol, con varios pedacitos de múltiples colores. Decía que ese aeroplano transportaría a toda la familia. Nos prometía un sereno viaje a la felicidad. Sería un recorrido sin retorno; claro, si es que estábamos dispuestos a renunciar a nuestra monotonía.

Él fabricó otros aviones, también les dio vida a algunos barcos de papel, pero Arcoíris era muy especial. El mejor de todos, el líder de la cuadrilla. Mi hijo lo mantenía en el bolsillo izquierdo de su camisa, junto al corazón.

Sorprendiéndonos (recuerdo que fue una tarde de invierno), mientras veíamos una fabulosa película en la sala de nuestra casa, Felipe sacó su temerario avión multicolor. Y empezó a disparar contra la pantalla.

Todos nos quedamos observándolo, en silencio, con extrañeza. Jamás habíamos visto al Señor Arcoíris lanzarse al ataque. Por el contrario, pensábamos que era muy pacífico.

Mi hijo interactuaba con los diálogos de aquella película, les contestaba a sus protagonistas. Arcoíris y Felipe se convertían en una

misma persona.

Había unos jóvenes en el televisor, leían historias de terror, en mitad de la noche. Un sujeto barbado, por enésima ocasión, los sorprendía en su hacienda. Él se disfrazó de monstruo, quería ahuyentarlos para siempre de su propiedad cafetera. De eso iba la película.

—Malditos, si es que aprecian en algo sus almas, dejen hasta aquí esta historia. No lean más. De avanzar, si es que tan solo pasan una página después de la presente advertencia, todos ustedes estarán condenados al peor de los martirios. Ya les llegará su hora; sean pacientes. Ja, ja, ja.

Sí, ese tipo gordo de la película fue el que pronunció primero aquellas palabras, las que luego aparecieron en mi agenda. Mi cerebro se encargó del resto. Definitivamente, todo tiene una explicación.

Mi esposo, mis hijos y yo vimos esa escena.

La amenaza, la segunda parte de lo que apareció escrito en esta agenda, tuvo que ser fruto de alguna tergiversación literaria. Alguien debió redactar esas palabras. Estoy repasando todas las posibilidades, no hay muchas. En aquel lugar solo estaban los cuatro integrantes de mi familia.

Esas sentencias que continuaron el diálogo de esta agenda, del presente libro, no las pronunció el viejo gordo y bravucón de la película.

Mi imaginación partió de un hecho concreto, de esa jornada de integración familiar alrededor del televisor; no obstante, las demás frases que brotaron en mi agenda nunca estuvieron en aquel guion.

Abrí mis ojos y redacté lo que ustedes acaban de leer. Aún no hallo una justificación para esa segunda parte del mensaje. Ese avioncito de papel que ahora revolotea a mi alrededor me hace pensar en mi hijo Felipe, en la película de terror que mi familia observaba ese día.

Al menos, tengo algunas respuestas. Hacen falta muchas más.

Alguien escribió en mi agenda: "Esta novela de terror no les pertenece. Dejen que la protagonista perezca al igual que el resto de la humanidad de esta dimensión. Si así lo prefieren, consideren este mensaje como una epifanía infernal. No quiero que esto se convierta en literatura. Al principio, me pareció algo curioso, pero ya me harté. Valerie debe dejar de escribir. Ella está interfiriendo en nuestros planes —escribió un amigo en la agenda de la simpática y entrometida psicóloga".

Felipe discutió con ese tipo que asustaba a los muchachos en la película, lo amenazó con desbordar la furia de Arcoíris. No recuerdo exactamente qué palabras usó. Sí sé que nos causó mucha gracia. Harold y yo, entre locas carcajadas, abrazamos a nuestro hijito. Mi irónico esposo debió haber proferido algún comentario jocoso que hizo la escena aún más metaficcional.

Ustedes, amables lectores, gracias a su sistémica imaginación, seguramente están recreando ese momento en sus cabezas. Por favor, hagan sus propias deducciones. Yo sigo aquí, en este edificio griego: contemplo el vuelo de Arcoíris. Escribo en mi agenda para tratar de comprender esta real fantasía. Todo lo que podría ser, será. Ya ocurrió lo que alguna vez soñamos.

¡Cuánta falta me hacen mis hijos! ¡Yo los extraño tanto como sé que los extrañaría mi esposo! Si todos están muertos, si solo yo sufro este infierno de sobrevivir lejos de ellos, ni siquiera la literatura podría salvarme.

Me he sentado en el suelo para transcribir estas palabras llenas de recuerdos. Mientras levanto la mirada, con mucho miedo, entiendo que ese avioncito había dado su último vuelo. Ya no está, ni aquí ni allá. Es eterno; quizás nunca estuvo.

CAPÍTULO XXIII
REFLEJOS ICONOCLASTAS

Si la noche nos convoca no tenemos otra alternativa, debemos escuchar sus designios. Cuando los párpados son vencidos por el silencio, entre sueños la fantasía recupera su voz.

También la melancólica realidad se reconcilia con su lado más creativo, puede transformarse en cualquier otra cosa cuando la literatura entra en escena. Los límites desaparecen, no son necesarios si leemos un buen libro, tampoco si disfrutamos de un profundo sueño.

Al menos eso pensaba, eso estaba escribiendo. Pero el caos superaba todas mis consideraciones. No me encontraba en una pesadilla, despertar no aparecía en la lista de posibilidades. Sin embargo, caminé hacia adelante. Seguí avanzando para atrapar el aliento de la inconmensurable nada.

La muerte andaba rondando por ahí, pero no era mi principal preocupación. Ni siquiera podía aspirar a caer en sus brazos. Me afligía estar aquí o en cualquier eternidad sin mi familia.

Sin ellos, lejos de todo, continuar era un simple acto reflejo, quizás una inoficiosa obsesión. La literatura se erguía como un faro entre las penumbras. Redacto esta agenda para tratar de comprender lo incomprensible. Esperando que alguien lea esta historia jamás escrita.

Este gran templo griego cada vez tiene más luz, es un perfecto claroscuro. Afuera la oscuridad reina a su antojo, en mitad de estas columnas mis palabras podrían tener alguna esperanza.

Un oasis en el desierto, esta literatura enfrentada al papel en blanco. Doy otros tres pasos hacia el frente, trazo otras líneas en estas páginas. Miro a mi derecha y a mi izquierda; corrijo unas cuantas letras que debían tildarse. También faltaban unas comas. Y me veo a mí misma, reflejada en ese espejo.

Imaginé que estaría más triste (aquel cristal me favorece). Llevo puesto un vestido de flores, uno que jamás compré. Allí sonrío, esa mujer me observa. Ella sabe que somos la misma persona, jamás entendería mis sufrimientos. Ella lee un libro; yo solo puedo escribir en mi agenda. Ella alza su mirada, yo acepto esa invitación. Se burla de mí, yo hago bromas con su nueva ropa.

El espejo se rompe, surge una luz fortísima detrás de él. Los últimos trozos de cristal le abren paso a un luminoso conducto. Voy a guardar mi agenda y mis lápices en la mochila (sabía que aún estaba conmigo), después escribiré otras líneas.

He tomado una rápida decisión, espero no estar equivocada. Este laberinto resplandece lleno de puertas, necesitaría muchas vidas para atravesarlas todas. Mil años no serían suficientes para averiguar los entresijos de este mármol blanco.

Sí, me arrojaré al interior de aquel cauce fantasmal (no se me ocurre cómo más llamarlo), confío en que algo debe haber del otro lado. Una mujer muy parecida a mí me estaba llamando. Supongo que eso es un buen indicio.

Les cuento mi próximo movimiento para que me acompañen en esta aventura sin tiempo. Tal vez la libreta en la que ahora escribo aparezca al término de este torbellino de realidad y fantasía. Entonces, hubiese sido un gran error no redactar estas consideraciones.

Narración en vivo y en directo, a lo mejor mis últimas letras.

A Harold le encantaría que yo usara uno de esos vestidos de flores. Yo nunca me compraría algo así. No, no iban con mi estilo. Prefiero los jeans y la ropa más cómoda.

Pero, no deja de ser inquietante que esa mujer en el espejo vistiese así. Mi esposo es el único sobre la faz de la Tierra que podría imaginarme con esas ropas.

Además, otra vez un espejo… tiene que ser él. Si es que hay algo del otro lado, les volveré a escribir.

CAPÍTULO XXIV
DEL OTRO LADO

Me lancé hacia ese lugar sin nombre, ninguna palabra podría describirlo con exactitud. El tiempo se hizo nada, todos mis recuerdos también murieron.

Vi esta agenda en mis manos, leí las páginas anteriores, por eso recordé. Seguí escribiendo.

Mi triste esposo Harold estaba sentado al final de una larga silla metálica, junto a la pared. Tenía sus manos en el rostro. Algo muy grave le atormentaba el alma.

En un instante él levantó su afligida mirada, creí que me estaba observando. Incluso pensé que me había enviado un beso. Sí, fue una sonrisa que se perdió en aquella sala de espera, muy pronto volvió el desconsuelo.

Entraron dos enfermeras. Esas lindas señoritas y un médico de poblada barba roja le pedían a Harold que dejara el lugar. Mi esposo alzó la agenda que estaba en el asiento de su derecha.

Esa agenda era idéntica a la mía. Él también escribía con unos de estos lápices (eso pensé mientras observaba mi material de trabajo).

El langarucho doctor llevaba puesta, aún enganchada en el cuello, esa careta de cirujano que yo referencié algunas páginas atrás. Era idéntica a la que usaba mi hijo cuando era pequeño. Suya era la voz que había llamado a mi esposo.

—¡Harold, Harold! Debes irte a casa. Aquí ya no hay nada que puedas

hacer. Ella se encuentra en un mejor lugar —eso le dijo el doctor a mi esposo.

Harold recordaba que nuestro hijo tenía una careta de cirujano similar a la que usaba ese hombre (yo sé que mi esposo lo pensó). Volvió a observar ese artefacto médico. Luego se puso de pie; giro su cabeza hacia donde yo estaba, de nuevo sus ojos empapados en lágrimas se cruzaron con los míos. Solo él podía verme. Él quería que yo estuviese allí.

Casi me muero del susto cuando me percaté del vestido que yo ahora estaba usando. Ese que se reflejó en el cristal.

Al cruzar hacia este lado mis ropas cambiaron, también lo hizo mi rol en esta novela. Sentí mucho miedo. Era el singular terror que provoca sentirse en los brazos de la muerte (ese terror que solo puedes experimentar una vez).

Harold caminó a través de ese largo pasillo, no quiso que nadie en aquel hospital lo acompañara hasta la salida.

—Pobre hombre, está devastado. Ha perdido a su esposa y a sus hijos. No, yo no quisiera estar en sus zapatos —afirmó ese doctor con la voz entrecortada.

—Es una historia muy triste, para él debe ser como el fin del mundo —aseveró una de esas enfermeras.

—Muy, muy triste. El cadáver de su esposa se encuentra en preparación, abajo, en la morgue del hospital. El señor prefirió no verla sin vida. Su cuerpo será trasladado en unas horas a la funeraria —dijo el otro doctor que se acercó.

Pude ver a Harold a través del cristal, en la cafetería del otro lado de la calle. Escribía con lágrimas en esa agenda.

Yo sonreí. Todo empezaba a cobrar un lúgubre sentido. Él no había muerto. Mi esposo estaba solo; yo ya no pertenecía al universo de los vivos.

Yo era ficción y realidad al mismo tiempo. Protagonizaba mi tragedia y la de mi esposo. Ambos teníamos destrozada el alma por la pérdida de nuestros hijos. Vivir o morir nos daba igual si no estaban Carlos y Felipe.

Fui hasta ese sótano, a la oscura morgue. Quise ver con mis propios ojos esa aterradora verdad. Abrí el cajón metálico que consignaba mi nombre, con mis gélidas manos toqué aquella calcomanía de letras negras.

Por supuesto, abrí ese cajón, tenía que hacerlo. Allí estaba yo, cara a cara con mi fatídica realidad. Había muerto. Mis labios morados y ese corazón que ya no latía en mi pecho hablaban del funesto desenlace.

No quise, no pude levantar las sábanas blancas que cubrían los otros cadáveres. No habría soportado encontrar los cuerpos sin vida de mis hijos.

Preferí recordarlos con una sonrisa en sus rostros para toda la eternidad. Elegí que vivieran para siempre en mis recuerdos más felices.

Del otro lado de la historia las cosas eran aún más tristes.

CAPÍTULO XXV
CAFÉ Y CIGARRILLOS

Mi Harold nunca fumó; no, a él tampoco le gustaba tomar café, ninguna bebida caliente. Preferiría una gaseosa o una botella de agua. Pero las foscas condiciones así lo exigían, estereotipadas demandaban un cambio de actitud. Supongo que la gente fuma y toma café cuando asiste a la muerte de sus seres queridos.

Me armé de valor y fui hasta la cafetería, al otro lado de la calle. Cuando me vio, llevando puesto ese vestido de flores que a él tanto le gustaba, inmediatamente dejó de escribir en su diario. Apagó el agrio cigarrillo apretándolo contra el cenicero; puso sus codos sobre la mesa, luego me llamó con su mano derecha.

Yo me senté a su lado. Le mostré mi diario; mi esposo me enseñó lo que él había escrito. Las mismas oraciones estaban registradas aquí y allá. No hubo palabras, no nos dijimos nada.

Él acariciaba mi rostro; besó mis labios con todo el amor del mundo. Entonces supe que debía partir. Era una despedida, la despedida más triste.

Alrededor había otras personas que fumaban, todos en aquel sitio fumaban. Parecía una espesa neblina.

Harold sujetó mis manos frías. Dijo que siempre me amaría (y yo le creo). Así se rompió el silencio. Él no quería que yo me marchara y yo no me quería ir. Pero la suerte estaba echada. Algunas historias son tristes, esta no podría tener un final feliz. Mi amado esposo deberá continuar sin nuestros hijos y sin mí.

Le entregué mi diario, Harold lo apretó en su pecho. A él le agobiaban mis tristezas más que sus propias penas. Imaginó que yo estaba con vida; llegó a pensar que su esposa sobrevivía en medio de la tragedia absoluta. Escribió para hallarle una salida a este caos; escribió con todas y cada una de sus febriles esperanzas. No obstante, los finales felices se escurrieron entre sus dedos, se fueron perdiendo en el papel. Se transformaron en afligidas hojas en blanco.

Los retoños de nuestro feliz matrimonio habían fallecido hace algunos días. Después de una larga agonía en ese hospital. Ya había pasado su funeral. Eso me contó mi esposo Harold, lo susurró a mi oído.

Yo no los habría hallado debajo de aquellas sábanas blancas de la morgue del centro médico.

Mi muerte había ocurrido hace apenas algunas horas. Esa fue la noticia que acabó con todos los sueños de mi amado Harold. Así se terminó cualquier intento suyo por rescatarme con su literatura. Dejó de escribir esas convulsas historias en las que yo sobrevivía. El fin del mundo así se hizo realidad.

CAPÍTULO XXVI
ENCUENTRO

Yo sé que él me escuchaba. Le dije que lo amaría eternamente, que cuidaría de nuestros hijos en el lugar que se encontraran.

Él me besó en la frente una vez, dos veces, hasta el cansancio, justo antes de aceptar la invitación de aquella bienaventurada luz. Y me fui, me marché sabiendo que este amor sería más fuerte que la misma muerte.

A mi Harold le aterraba la idea de perder a su esposa, ya había perdido a sus dos hijos. Tanto dolor hizo que, en medio de sus lágrimas, escribiese más en aquel diario. Quiso escribir un final feliz para mí. Esperó que la literatura me devolviera la vida.

El suyo fue un amor tan inmenso, tan franco que, incluso llegó a experimentar el dolor que yo habría sentido lejos de ellos. Como si se tratara del fin del mundo, eso fue para él nuestra muerte. Harold quiso salvarme entre sueños entristecidos, con la literatura en la que tanto confiaba, pero fue imposible. La noticia de mi partida devastó cualquier desenlace luminoso que cruzara por su cabeza.

Mi esposo intentó crear un camino para escapar de esta abatida realidad; construyó personajes y escenarios que jugaban con su imaginación. Me vistió de protagonista. Él quiso que yo fuese la única sobreviviente. Ese amor tan sincero le hizo preferir su propia muerte antes que mi partida.

Él me acompañó durante muchos días en esa sala de cuidados intensivos, a través del cristal oró por mi recuperación mientras hacía literatura en su agenda. Casi no durmió en los últimos tiempos porque a toda hora estaba escribiendo. En el hospital y en la casa Harold

soñaba despierto con mi salvación.

Todos aquellos planes literarios quedaron truncados cuando le informaron que su amada esposa había fallecido. Esa escena en la cafetería sería nuestro último encuentro.

—Harold, siempre te recordaré. En el cielo guardaré nuestro amor por toda la eternidad. Nuestros hijos y yo estaremos bien. No te preocupes. Te acompañaremos en cada paso que des. En tu agenda (que también es mi agenda) el mundo entero podrá leer este sentimiento inmortal. Cuando amas realmente a una persona, eso que late en tu pecho es su corazón. Ni siquiera la muerte nos podrá separar —sé que estas palabras me las dictó mi amada esposa Valerie.

Soy Harold. Soy el esposo de Valerie, soy el papá de Carlos y Felipe. Mi familia sufrió un fatal accidente de tránsito mientras yo estaba realizando algunas diligencias laborales. Ese cruel día no los acompañé porque estudiaba la posibilidad de publicar una novela. Ellos dijeron que volverían a la casa muy pronto, unas horas después. Yo salí feliz por esa puerta, no sabía que la tragedia se ensañaría contra mí.

Mis adorados hijos murieron primero, ellos y mi amada esposa estuvieron durante muchos días en la triste unidad de cuidados intensivos. Yo habría dado mi vida para que se salvaran. Ya no tengo nada.

CAPÍTULO FINAL

TODAS LAS PALABRAS QUE PODRÍA ESCRIBIR

Varios meses han quedado atrás desde la muerte de mi familia, por fin concluyo la presente novela. Yo mismo hice todas las correcciones.

Quise escribir una novela de amor, sería una novela para que mi familia venciera a la insensible muerte. Creo que, de una u otra forma, lo conseguí. Ahora ellos viven en estas páginas, su recuerdo habita en mi corazón y en el de todas las personas que leen este libro.

Tal vez el beso que le di en la frente a mi esposa, ese beso en aquella cafetería sí fue el último. La tristeza recorre cada línea que ahora lees. Sé que no los veré de nuevo.

Sin embargo, yo sigo buscando refugio en la literatura. Con ella intenté salvarlos. Escribí y escribí inspeccionando esperanzas. Borré muchas páginas cuando supe de la muerte de mis hijos; persistí en esta historia fantástica mientras Valerie estuvo viva. Su fallecimiento tiñó de negro toda la novela.

Una historia que no podría ser más triste. Mi amada esposa logró comunicarse conmigo por medio de estas desconsoladas páginas. Su dolor era mi dolor; yo era feliz si ella sonreía. Esta también es su agenda.

Nuestros hijos brillaban como la mejor prueba de este amor. Sin mi familia, entonces más que nunca, busqué auxilio en las letras. Me encomendaba a su altísimo auxilio.

Permítanme soñar: ellos me acompañan en este momento, sé que estaremos juntos para siempre (lágrimas y más lágrimas).

La propia Valerie lo escribió en esta novela. Aquella escena de la cafetería es de su genial autoría. Cuando amas realmente a una persona, eso que late en tu pecho es su corazón.

Ni siquiera la muerte nos podrá separar.

A ellos los encuentro en todas las palabras; abrazo sus excelsos recuerdos en cada silencio. Son el aire fresco que me falta para respirar, son todas mis ganas de vivir. Los arrancó de mi lado un terrible viento; la mezquina noche quiso alejarlos de mí.

Redacté esta novela para mirar sus ojos; transité mil laberintos rotos buscando un desenlace feliz. Me perdí en los amargos recuerdos, en sus despojos. Jamás imaginé un final así.

Desde ningún lugar le escribo a la nada. Hilo palabras tristes, a nadie puedo mentir. Con mi esposa y mis hijos se fue la alegría, ya no sé para qué escribir.

Quise que la literatura nos salvara, pero las palabras no saben fingir. Si escribes con el alma, si eres sincero, te pierdes en su belleza. No puedes huir.

Que otros poetas dibujen nuevos universos, que sus frases los logren alcanzar. Para mí, para mis letras, este es el final. El final de todas las palabras.

EPÍLOGO

NOTA PÓSTUMA DEL EDITOR

Soy el editor de este libro, de la novela que ahora tienes en tus manos. No quería agregar mis desanimados párrafos. Lo mejor habría sido prescindir de esta dolorosa despedida.

Conocí a Harold y a su magnífica familia hace algunos años, nunca vi un hogar tan feliz.

Valerie era una mujer brillante; Felipe y Carlos los jóvenes más amables. Ellos heredaron la ecuanimidad y la inteligencia de sus padres.

Él era un verdadero artista. Pintaba, hacía esculturas, también escribía. La inspiración jamás se iba de su lado. Fue un hombre prudente, sereno, analítico. Apreciaba con amor cada detalle de la cotidianidad. Tenía una mente capaz de arribar a las ideas más complejas.

Quería escribir una novela, por eso me contactó. Mi editorial sería la encargada de publicar su próxima obra. Dialogamos en algunas ocasiones sobre el particular.

Lo inicialmente dispuesto se vino al piso aquel nefasto día, con el brutal accidente que sufrió su familia todo cambió. Al final de cuentas, más allá de cualquier pretensión intelectual, Harold escribía por amor.

La historia fantástica que él tenía en su cabeza se transformó por completo. Dejó de escribir en su computadora personal, ahora redactaba en una agenda vieja. En la sala de espera del hospital, en la cafetería que quedaba a pocos metros de aquel centro médico, en la

calle, mientras caminaba por cualquier lugar, Harold le daba forma al libro que acabas de leer.

Escribió esperando mejores noticias, anhelando la recuperación de sus familiares. Quiso que la literatura le presentara una vía de escape, una nueva realidad en la que Carlos, Felipe y Valerie superaban cualquier obstáculo.

La muerte de sus dos hijos hizo que Harold arrancara muchas páginas de esa libreta en la que a diario plasmaba sus miedos e ilusiones valiéndose de una imaginación formidable (yo vi los pedazos de aquellas hojas rotas). Luego, con el fallecimiento de Valerie la desventura se hizo irreversible.

Ni siquiera la poderosa literatura pudo salvarlo. La bruma se impuso sobre cualquier rayo de luz. La pesada realidad terminó aplastando sus apuestas artísticas más arriesgadas.

Harold me dejó su agenda con la señora Fitzgerald (no sé si a ella le vayan a gustar los capítulos que aquí la mencionan). La mujer recibió mi número telefónico y la explícita indicación de comunicarse conmigo para entregarme aquellos papeles.

Mi amigo sabía que no regresaría. Prefirió que, a pesar de todo, si es que su libro era interesante para alguien, fuese publicado. Cuando pasó por el frente de la soberbia mansión de aquella solitaria mujer, justo en ese momento, para desgracia de todas las letras, Harold tuvo la peor idea de su vida.

Ya no pudo continuar escribiendo en su diario mientras vagaba sin rumbo por toda la ciudad. Le puso punto final a la novela, también decidió acabar con su propia existencia.

Al otro día hallaron el cuerpo de Harold. Se suicidó lanzándose desde un puente. Me enteré de esta lamentable noticia cuando regresaba de recoger el manuscrito.

Ese hombre amaba a su familia; esta historia merecía un final feliz. Él trató de escribirlo; la literatura decidió que fuese así.

Harold, siempre serás mi amigo. Tu amor por las letras será inmortal. Todo el mundo leerá tu novela.

Descansa en paz.

Bogotá, 24 de julio de 2022

Muchas gracias por leer este libro.
Muchas gracias por tus comentarios y valoraciones.

TE QUIERO MUCHO, PAPÁ

Este poema es sangre de mi sangre,
este poema es amor de verdad.
Le escribo al mejor de los hombres,
este poema es para mi papá.

Dios te aceptó en su reino,
fue su santa voluntad.
Un ángel me protege
de cualquier adversidad.

El mejor hombre,
así es mi papá.
Inteligencia y dulzura,
enseñanza que no morirá.

Sabes cuánto te quise,
perpetuamente te querré.
Tu sonrisa vivirá en mi alma,
siempre te amaré.

Sé que caminas conmigo,
tu ejemplo habita en mí.
Esta adoración es eterna,
puedo sentirte aquí.

El cielo ahora mismo te cuida;
yo nunca te olvidaré.
Escribí este poema con caricias,
con besos lo redacté.

¡Te quiero tanto!
Eres un maestro sin igual.
Papá de todos mis sueños,
amor inmortal.

Jamás te irás de mi corazón,
no te podrías marchar.
Ni siquiera la muerte
nos podrá separar.

Te quiero mucho, papá.

Diego Armando Arciniegas Malagón